12002



EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

VIVIR SOBRE EL PAIS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el ha tajo
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (aleg
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

VIVIR SOBRE EL PAIS.

VIVIR SOBRE EL PAIS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JUAN RICO Y AMAT.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 29 de Enero de 1863.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA................	Doña Adela Alvarez.
ÁNGELA..............	Doña Rosa Tenorio.
GENARO..............	D. Manuel Catalina.
D. AGUSTIN..........	D. Antonio Pizarroso.
SR. PASCUAL, labrador aragonés, con traje y acento del pais.......	D. Mariano Fernandez.
LUIS..................	D. Juan Catalina.
ALBERTO............	D. Juan Casañer.
BRUNO................	D. Agustin Móstoles.
UNA CRIADA.........	Doña Balbina Prada.
UN CRIADO..........	D. Telesforo Garralon.

El primer acto pasa en Cariñena; los dos restantes en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente alhajada, pero sin lujo. Puertas laterales de gabinete, y otras dos mas grandes en el fondo. De estas, la de la derecha del actor conduce al jardin y á las habitaciones interiores, y á las exteriores y entrada de la calle la de la izquierda.

ESCENA I.

D. AGUSTIN y el SR. PASCUAL, sentados.

AGUSTIN. Es inútil insistir
en eso, señor Pascual;
usted debe ser alcalde
por otros dos años mas,
que el pueblo vive contento
de su recta autoridad,
y en estos tiempos no es fácil
quien mande á gusto encontrar.

PASCUAL. Pero es que mis intereses
muy descuidados estan
desde que solo me ocupo
del interés general,
y abandono mis quehaceres
por servir á los demas.

AGUSTIN. El pueblo es agradecido.

PASCUAL. Ya sabe usted el refran
de que...

AGUSTIN. En la propia conciencia
nuestra recompensa está.
Al hombre honrado le ofende
que le aplaudan los demas,
pues la honradez verdadera
detesta la vanidad.

PASCUAL. Si al menos se agradeciesen
mis sacrificios, tal cual;
pero hay gentes que murmuran
de mis actos sin cesar,
poniendo en tela de juicio
mi justicia y probidad.
Republicano me llama
el sereno, nada mas
que porque no le tolero
en aceites comerciar.
Enemigo de las luces,
siempre apagados estan
los faroles, y yo busco
en todo la claridad.
Tambien *neo* me apellida
el secretario don Blas
porque me opongo al aumento
de su sueldo, por lo cual
dice que, mientras yo mande,
no se puede progresar.

AGUSTIN. Los hombres de bien le aprecian
y alaban su habilidad
en dirigir los negocios.

PASCUAL. Gracias á usted que me dá
consejos, y de un apuro
me sabe siempre sacar.
Á propósito; hoy venia
á consultarle...

AGUSTIN. ¿Qué hay?

PASCUAL. Ya sabe usted que se acerca
una eleccion general
de diputados.

AGUSTIN. ¿Y bien?
Llega, votamos y en paz.

PASCUAL. Es que en el pueblo ha empezado
el tejemaneje ya,

y hay algunos que no quieren
por el gobierno votar.
Hoy de la córte ha llegado
un sujeto principal,
segun él dice, y desea
nuestros votos alcanzar.
Me ha parecido persona
muy á propósito; el tal
habla mucho, y habla bien.

AGUSTIN. ¿Será del gobierno?

PASPUAL. ¡Cá!
pues si pone al ministerio
como... es una atrocidad
lo que ha contado; ¡qué lengua!...
No se le puede escuchar.

AGUSTIN. Supongo le habrá usted dicho
que su viaje está de mas,
pues llega tarde; los votos
comprometidos estan
en favor de otra persona,
que hará la felicidad
del distrito.

PASCUAL. ¿Son promesas
del candidato?

AGUSTIN. No tal;
lo dice el Gobernador.

PASCUAL. Entonces... no hablemos mas.
Si embargo; yo quisiera
que fuese á la capital
quien le explicase al gobierno
sin ambajes la verdad,
y es, que el pobre labrador,
que echando la hiel está
por labrar cuatro terrones
que apenas producen pan
con que alimentar sus hijos,
no puede tanto pagar.

AGUSTIN. Cierto que pagamos mucho;
en cambio hay tranquilidad.

PASCUAL. No sé yo, de entre dos males,
cuál viene á ser mayor mal:
si ayunar tranquilamente

ó comer mucho sin paz.

AGUSTIN. No niego...

PASCUAL. Ni usted, ni nadie
á mí me podrá negar
que el Estado á costa nuestra
mantiene á mucho holgazan.
Pero hablemos de otra cosa:
¿sabe usted la novedad?

AGUSTIN. ¿Qué ocurre?

PASCUAL. Que ese francés...
ese don Alberto...

AGUSTIN. Ya.

PASCUAL. Esta noche se nos larga
á la córte.

AGUSTIN. Vaya en paz.

PASCUAL. Es que antes pienso meterle
en la cárcel, y estará
en ella por mucho tiempo,
hasta hacerle vomitar
el dinero que ha estafado
desde que se vino acá
á establecer esa empresa
sobre aguas, con la cual
ha secado los bolsillos
de muchos socios.

AGUSTIN. Verdad;
pero la culpa no es suya
si se han dejado engañar.

PASCUAL. Con los pozos...

AGUSTIN. Artesianos.

PASCUAL. Eso es; y el manantial
que aseguró encontraria
en la sierra, el perillan
ha explotado á muchos tontos;
y, cuando no hay que sacar,
se vá con las existencias
que habia en la sociedad,
sin dar cuentas ni disculpas.

AGUSTIN. No habrá podido alumbrar
esas aguas.

PASCUAL. Puede ser
que, si muy listo no vá,

le alumbren un garrotazo
para que lleve señal.

ESCENA II.

DICHOS y ANGELA.

ANGELA. Dispénseme usted que venga
á interrumpir...
PASCUAL. Nada de eso;
se acabó ya la consulta.
AGUSTIN. ¿Qué quieres, Angela?
ANGELA. Quiero,
si usted no lo lleva á mal...
AGUSTIN. Vamos, habla sin rodeos,
y dime tu pretension.
¿Qué te ocurre?
ANGELA. No me atrevo
por temor de disgustarle;
y eso que es usted tan bueno,
tan caritativo y...
AGUSTIN. ¡Malo!
Por ese exordio preveo
que piensas dar otro asalto
á mi bolsillo; ¿no es eso?
¿Vas á hacer nuevas limosnas?
¿Aun quedan viudas y huérfanos
que socorrer?
ANGELA. Son muy pocos.
La familia del cantero,
aquel que murió aplastado
hace un mes...
AGUSTIN. Si; ya me acuerdo:
y era honrado como nadie.
PASCUAL. Y trabajador por cierto.
¡Lástima fué! La fortuna
solo persigue á los buenos.
¡Morir él! mientras habia
tanto pícaro en el pueblo...
ANGELA. Si usted viera á su mujer
y escuchase los lamentos
de tres pobres criaturas,

que estan ahí bajo pidiendo
pan, desnudas y descalzas...
¡Angelitos!

AGUSTIN. ¿No es mas que eso?

ANGELA. Tambien aguarda un socorro
la hija del tio Romero;
el pastor á quien el lobo
mordió en la pierna, que enfermo
desde entonces...

AGUSTIN. ¿Quedan mas?

ANGELA. Si; dos mancos y tres ciegos
y...

AGUSTIN. ¡Aprieta! Pero, sobrina,
por lo visto te has propuesto
convertir nuestra morada
en un hospicio del pueblo.
La caridad, Angelita,
es una virtud del cielo,
mas, cuando es desordenada,
degenera en vicio.

ANGELA. Pero...
¿quién puede, teniendo bienes
y piadosos sentimientos,
las desgracias de los pobres
mirar con ojos serenos?
El rico debe partir
con el pobre su dinero.

AGUSTIN. Esta chica es socialista. (Al Sr. Pascual.)

PASCUAL. Es cristiana; que ese texto
lo predicó el señor cura
el otro dia, añadiendo
que los ricos son deudores
de Dios, que endosa sus créditos
á favor del desdichado;
y el que no paga... por cierto
que el escribano don Judas
hizo al escucharlo un gesto
tan... pues, como es un avaro...

AGUSTIN. Todo eso es muy santo y bueno;
mas quien no sabe guardar
ni ahorra, se expone luego...
Ademas; bien habrás dado

cincuenta duros lo menos
entre trajes y limosnas,
cual otros años hacemos
para celebrar tus dias,
y el grato acontecimiento
de firmar tus esponsales,
que hoy solemnizar deseo
con un baile y un convite;
y en esos gastos no cuento
la comida que á las doce
vas á repartir.

ANGELA. Tenemos
dinero de sobra, tio,
y yo, por mí, no comprendo,
si en hacer bien no se gasta,
para qué sirve el dinero.

PASCUAL. ¡Verdad! y don Agustin
tiene el mismo pensamiento.
Á pesar de lo que dice,
nadie le gana en el pueblo
á noble y á compasivo.
Si usted supiera...

ANGELA. ¿Qué es ello?

AGUSTIN. ¡Señor Pascual!

PASCUAL. Lo diré.
Sepa usted, sin ir mas lejos,
que ayer me prestó mil duros
para evitar los apremios
con que amenaza la Hacienda
por los atrasos del pueblo;
y lo hizo sin interés
y con el mayor secreto.
Ademas, esta mañana...

AGUSTIN. ¿Quiere usted callar?

PASCUAL. No quiero.

ANGELA. Sí, cuéntemelo usted todo.

PASCUAL. Enternecido á los ruegos
de un colono, que ha perdido
la cosecha...

ANGELA. ¿Qué?

AGUSTIN. ¡Silencio!

PASCUAL. No solo le ha perdonado

una mitad del arriendo,
sino que le ha dado fondos
para reponer su apero.

AGUSTIN. Es usted un hablador.

ANGELA. Y usted, tiito, tan bueno,
que no me sabrá negar
la cantidad que deseo.

AGUSTIN. ¿Negártela yo? No sabes (Acariciándola.)
que tus caprichos respeto,
que mi voluntad es tuya
y tuyo cuanto poseo?
Desde que á tí y á tu primo
bajo mi tutela tengo,
reemplazando á vuestros padres
en los cuidados y afecto,
vuestra ventura es la mía
y mis placeres los vuestros.
Vamos; ¿cuánto necesitas?
(Saca dinero y se lo entrega.)

ANGELA. No mucho; sobre trescientos
reales.

AGUSTIN. Muy poco es.
¿Quieres mas?

ANGELA. Basta con eso.

AGUSTIN. Toma, y enjuga ese llanto;
presta á esos pobres consuelo,
que hoy es dia venturoso
para todos; mas ¿qué veo?
¿en tus ojos una lágrima?
¿te aflige un pesar secreto?

ANGELA. No es nada, querido tio.

AGUSTIN. ¿No te agrada el casamiento
con tu primo?

ANGELA. Acaso él...

AGUSTIN. ¡Ah! ya caigo; ¿tienes celos?

ANGELA. Celos, no; temor mas bien
de haber perdido su aprecio.

AGUSTIN. ¿Y en qué fundas?...

ANGELA. Hace dias
que Genaro, triste, inquieto,
apenas se fija en mí,
y de mi lado vá huyendo.

Hace poco, en el jardin
le dí en prenda de mi afecto
una flor, sin que sus labios
de amor ó agradecimiento
una frase pronunciaran
cual lo hacia en otro tiempo.

AGUSTIN. Serán aprensiones tuyas;
despues verás qué contento
firma el contrato de boda.
Hasta entonces, ir podemos
á ver comer á los pobres;
desecha ya esos recelos.
(Vánse por la puerta derecha del fondo.)

ESCENA III.

ELENA y ALBERTO, por la puerta izquierda del fondo; despues la CRIADA.

ELENA. Nadie.

ALBERTO. Estarán ocupados
en su necia caridad,
que no es mas que vanidad;
¡qué bienes tan mal gastados!

CRIADA. El criado del meson
esta tarjeta ha traido. (La entrega.)

ALBERTO. (¡Es Luis! ¿á qué habrá venido?)

CRIADA. Espera contestacion.

ALBERTO. Dile que voy al instante
á ver á ese caballero. (Se retira la criada.)

ELENA. ¿Acaso algun forastero?

ALBERTO. Mejía, tu antiguo amante.

ELENA. Esta venida...

ALBERTO. Tal vez,
cansado ya de esperarte
en Madrid, viene á buscarte.
¿Le has escrito?

ELENA. Alguna vez.

ALBERTO. ¿Es decir que han sido en vano
mis súplicas y deseos,
y tus locos devaneos
has preferido á tu hermano?

ELENA. Alberto, ¿puedes dudar?...

ALBERTO. Á Luis un fatal destino
lo atraviesa en mi camino
para hacerme tropezar.
Por él en Madrid quebré
y aqui vine á refugiarme.
Hoy quizá puede estorbarme
en mi plan.

ELENA. No lo veré,
si es eso lo que te agrada.

ALBERTO. Ya sabes que mi ambicion
es darte una posicion
cual mereces, encumbrada.
La fortuna está á tus piés;
pero, por desgracia, eres
como infinitas mujeres,
tan ciega, que no la ves.

ELENA. ¿Una fortuna? (Con interés.)

ALBERTO. Y no escasa;
hoy la consigas quizá.

ELENA. No adivino... ¿dónde está?

ALBERTO. Cerca de tí; en esta casa.

ELENA. ¿Genaro?

ALBERTO. Genaro, sí.
Desde que al pueblo llegué,
en ese jóven noté
cierta aficion hácia tí.
Tu beldad en mucho estima
y pudiera enamorarse.

ELENA. Pero si hoy van á firmarse
los contratos con su prima...

ALBERTO. No importa. Desde que sabe
nuestra marcha, he observado
que anda triste y preocupado;
ninguna duda me cabe.
Hablándole siempre estoy
de Madrid, y está dispuesto
á buscar cualquier pretesto
para acompañarnos hoy.
Si tú pudieras hablarle,
dándole alguna esperanza,
tengo grande confianza
de que allá hemos de llevarle.

Y puesto allí, yo respondo
de que se case contigo;
siendo tu esposo y mi amigo
nuestro negocio es redondo.
Dueño de cuatro millones,
que yo sabré manejar,
Dios sabe adónde llegar
podremos.

ELENA. Son ilusiones.

ALBERTO. Cualquiera con tu beldad
y algo de coqueteria,
pronto esa ilusion veria
convertida en realidad.
Mujer que tenga tus ojos
y se empeñe en dominar,
puede muy fácil postrar
á cualquier hombre de hinojos.

ELENA. Amigo franco y galante
Genaro se me ha mostrado
no mas.

ALBERTO. Mucho te ha cegado
el recuerdo de otro amante.
Para que hoy puedas vencer
armas te dá tu belleza;
tienes ingenio y destreza,
y ademas, eres mujer.
Si vences, entre placeres
la existencia pasarás,
y pronto en Madrid serás
la envidia de las mujeres.
Qué de tu amor al resorte,
y entre magníficas galas,
podrás extender tus alas
por el cielo de la córte.
Las cosas rodando van;
y si Angelita se queda
sin su primo, acaso pueda
yo entonces...

ELENA. Vasto es tu plan.

ALBERTO. Tambien es muy rica; es bella
y heredera de su tio.
¡Oh! con mi astucia, confio

casarme despues con ella.
Hoy templa de Luis los vuelos,
y sirva en esta ocasion
para irritar la pasion
de Genaro, con los celos.
En estas cosas soy ducho;
Mejia es un instrumento
que, usándolo con talento,
puede aprovecharnos mucho.
Genaro, ya te lo he dicho,
es violento, impetuoso,
y si llega á estar celoso
se casará por capricho.

ELENA. Mas la boda sin pasion
es un mal.

ALBERTO. ¡Necia mania!...
Para ser feliz hoy dia
no hace falta el corazon.
Porque en esta sociedad,
donde el oro es lo primero,
quien logra tener dinero
logra la felicidad.

ELENA. Es Genaro.

ALBERTO. Nos lo envia
la suerte; ensaya el papel.
¡Nuestro porvenir es él!...
¡fascínalo, Elena mia!

ESCENA IV.

ÉLENA, ALBERTO y GENARO por el fondo derecha.

GENARO. ¿Tan solos aquí? (Con una rosa en la mano.)

ALBERTO. Esperamos
á su tio y Angelita
para despedirnos.

GENARO. ¡Ah!
¿Conque es cosa decidida?

ALBERTO. Esta noche nos marchamos
á la córte.

GENARO. Tanta prisa...

ALBERTO. En Madrid ciertos negocios
mi presencia necesitan,

pues tengo allí abandonados,
intereses de cuantia.
Ademas, mi hermana Elena
se encuentra restablecida
de la dolencia, que ha un año,
en busca de mejor clima,
nos trajo á este pueblo, en donde
hemos tenido la dicha
de hallar tan buena amistad
en usted y en su familia.

GENARO. No fué tanto nuestro obsequio
como ustedes merecian.
Hemos procurado hacerles
mas llevadera la vida
de pueblo, que por lo visto
ya les cansa y les fastidia.
Es natural; quien conoce
las cortesanas delicias,
insulsos encuentra siempre
los placeres de provincia.

ALBERTO. Es verdad; ¿por qué negarlo?
¡Madrid! ¡Oh! Madrid fascina
con sus goçes variados,
sus seducciones contínuas.
Entre fiestas y teatros
la existencia se desliza
por una senda de rosas,
cuyo término es la dicha.
Todas las aspiraciones
fácilmente se realizan,
que, con la audacia ó el oro,
allí todo se conquista:
Para el amor, hay mujeres
de hermosura peregrina;
para la ambicion, fortunas,
y para brillar, política.

GENARO. La córte es un paraíso
segun usted me lo pinta,
y al pensar que allá se marchan,
confieso que tengo envidia.

ALBERTO. Sus encantos, fácilmente
usted disfrutar podria

si quisiera; es usted rico,
jóven, ¿qué mas necesita?

ELENA. Genaro es aqui dichoso (Con intencion.)
con sus costumbres tranquilas,
sus caballos y sus perros
y el cariño de su prima.

GENARO. Dichoso soy; pero es
tan monótona esa dicha,
que muchas veces me canso
y me aburro de esta vida.

ELENA. La tranquilidad de espíritu...

ALBERTO. Mientras ustedes ventilan
esa cuestion, voy á ver
á mi amigo Luis Mejia.
El jóven, cuyos amores... (Señalando á Elena.)

GENARO. ¡Ah!

ELENA. Alberto...

ALBERTO. No me riñas.
Genaro sabe esa historia.

GENARO. Recuerdo...

ELENA. Galanterias
nada mas.

ALBERTO. Hoy no hay peligro
en remover las cenizas
de un fuego que ya pasó.

GENARO. ¿De veras?

ALBERTO. Hasta la vista.
(En nuestra red está preso.) (A Elena.)

ESCENA V.

ELENA y GENARO.

GENARO. Permitame usted, Elena,
que le dé mi enhorabuena
por ese grato suceso.
Sin duda Luis ha venido
el muerto amor á animar.

ELENA. No puede resucitar
amor que nunca ha vivido.
(Toda la escena con marcada intencion.)

GENARO. Esa historia...

ELENA. Es una historia
de amores sin consecuencia,
que la mas pequeña ausencia
aleja de la memoria.
Mejía en Madrid me amó
y en mí solo halló esquivez;
porque mi alma tal vez
para el amor no nació.

GENARO. ¿Nunca sintió usted?...

ELENA. Jamás
inflamó mi corazon
el fuego de esa pasion
que dá vida á los demas.

GENARO. ¿Y á Madrid no anhela ir
por amoroso interés?

ELENA. Sin amor, igual me es
aqui como allá vivir.
Si he de decir la verdad...

GENARO. Conmigo sea usted sincera.

ELENA. Vivir aqui prefiriera
en dulce tranquilidad.

GENARO. ¿Es su corazon tan duro,
tan frio, tan insensible,
que recibiera impasible
el dardo de un amor puro,
inmenso?...

ELENA. Acaso es temor
lo que mi corazon tiene.

GENARO. ¿Temor?

ELENA. Si; de que envenene
ese dardo un falso amor.
Mas vale morir viviendo
consumida de pasion,
que, herida de una traicion,
vivir en cambio muriendo.
Antes que mi amor burlado
prefiriera yo la muerte.

GENARO. ¿De suerte, Elena, de suerte
que si usted hubiese hallado
un amor leal, profundo,
como su alma lo anhela?...

ELENA. Ese es amor de novela

que no se encuentra en el mundo.
GENARO. Pues yo sé que existe un hombre
que ese amor por usted siente,
tan inmenso, tan ardiente... (*Con arrebato.*)
ELENA. ¡Genaro!
GENARO. ¡Oh! si; no se asombre
Yo soy ese amante, si,
que siente en su corazon
devoradora pasion
desde que usted vino aquí.
Quien en silencio la adora
con delirio, con locura;
que, esclavo de su hermosura,
hoy su libertad implora.
ELENA. No deja de ser extraño
un amor tan de repente.
GENARO. Es que mi pecho lo siente
no desde hoy, desde hace un año.
Un año que aqui escondido
le doy fervoroso culto,
y debió usted, aunque oculto,
haberlo ya comprendido.
En matar esta pasion
alguna vez me empeñé,
y siempre, siempre encontré
rebelado el corazon.
¡Ay! en vano procuraba
huir de amantes antojos,
que en la lumbre de esos ojos
lentamente me abrasaba.
ELENA. Mas, Genaro, usted olvida
hablándome de ese modo...
GENARO. Por usted lo olvido todo;
por su amor diera mi vida.
ELENA. No olvide en este momento
que nos escucha esa flor,
prenda, tal vez, de otro amor,
testigo de un juramento.
GENARO. No amor, afecto en verdad,
que ha nacido y vive en calma;
afecto impuesto á mi alma
sin saber su voluntad.

Y para que desde hoy
no se muestre usted celosa,
mi holocausto es esa rosa;
con ella mi fé le doy. (Se la entrega.)

ELENA. ¿Será cierta esta ventura
con que mi alma soñó?...
(Tomando la rosa y besándola.)

GENARO. ¿Luego usted tambien me amó?

ELENA. Mentí... es una locura...
Hoy me marcho; usted se queda
y ya nunca nos veremos.

GENARO. En Madrid nos reuniremos
en el momento en que pueda
eludir mi compromiso.

ELENA. Hoy la boda firmará
con su prima, y cumplirá
ese promesa, es preciso.

GENARO. Yo sabré encontrar el modo
de romper esa alianza.
Si usted me dá una esperanza
tendré valor para todo.
Y en señal de que otorgada
lo ha sido ya por su amor,
quisiera ver esa flor
en su pecho colocada.

ELENA. ¡Qué loco es ustud! (Con coqueteria.)

GENARO. ¡Elena!...
una palabra...

ELENA. Veremos...
Á la familia busquemos.

GENARO. No me mate usted de pena.
(Vánse por la puerta derecha del fondo.)

ESCENA VI.

ARBERTO y LUIS.

ALBERTO. Estarán en el jardin;
aqui aguardarles podemos,
y de tu asunto hablaremos
despues con don Agustin.
Aunque te he dicho y repito

que, siendo de oposicion,
es loca tu pretension
de triunfar en el distrito.

LUIS. No lo tengo por locura;
mucho valdrá mi presencia
contando con la influencia
del boticario y del cura.
Todo á probar se reduce.

ALBERTO. ¿Y en qué piensas, por tu mal,
que no eres ministerial
hoy que el oficio produce?

LUIS. Ya he querido la cerviz
doblar ante el presupuesto,
pero no pude hallar puesto
en la familia feliz.
No tiene el mérito entrada...
Y hablando de tí, ¿qué tal
te ha ido?

ALBERTO. Chico, muy mal;
esto no promete nada,

LUIS. ¿Pero has llenado el bolsillo?

ALBERTO. No hice mas que mal vivir.

LUIS. Pues me acaban de decir
que has hecho aqui tu agostillo.

ALBERTO. Poco fué; te lo aseguro.
La gente escamada está,
y mucho ha de sudar ya
quien quiera atrapar un duro.
¿Y tú allá en la córte, Luis,
qué has hecho? ¿has adquirido
algo?

LUIS. Ni esto; he seguido
viviendo sobre el pais.
Porque, aunque opuestos extremos,
allí como aqui, despierta
anda la gente, y alerta.

ALBERTO. Eso despues lo veremos.

LUIS. Por esa senda de abrojos
tiempo ha caminando voy;
pero, chico, muchos hoy
han abierto ya los ojos.

ALBERTO. Yo tocaré allí un resorte

para echar hondos cimientos;
que aunque hay muchos escarmientos
siempre hay tontos en la córte.
Madrid es un ancho mar,
y tendiendo con acierto
las redes, ninguno al puerto
se retira sin pescar.

LUIS. Es un pueblo sin segundo.

ALBERTO. Me agrada mas que Paris.
Es un hermoso pais
donde vive todo el mundo.
Que allí, con poca aprension
y un ingenio regular,
cualquiera puede encontrar
la tierra de promision.

LUIS. Dicen que entra diariamente
un inocente en Madrid,
de manera que está el *quid*
en hallar ese inocente.

ALBERTO. Pues yo le hallaré, te digo;
mas, por si acaso no encuentro
mi hombre de Madrid dentro,
quizá lo lleve conmigo.

LUIS. ¿Hay ya un plan? Para ayudarte
aqui me tienes dispuesto.

ALBERTO. Hablaremos.

LUIS. Por supuesto
que yo llevaré una parte.

ALBERTO. La empresa que he meditado
allá voy á establecer,
y antes de un año he de ser
un banquero acaudalado.

LUIS. Hoy no es fácil marear.

ALBERTO. Mucho te equivocas, Luis.
Esta España es un pais
que aun está por explotar.
Y en esta época, chico,
nadie de hambre se muere,
que el que tiene ingenio y quiere
fácilmente se hace rico.
Yo lo seré, no lo dudes;
lo seré de cualquier modo,

porque sé explotarlo todo;
los vicios y las virtudes.
Y allá...

LUIS. El vicio anda muy listo.

ALBERTO. Tu mordacidad conten.

LUIS. Habrá virtudes tambien,
pero yo no las he visto.

ALBERTO. No hables de Madrid en mengua
que allí como aqui hay de todo,
bueno y malo...

LUIS. De otro modo
pienso...

ALBERTO. Tienes mala lengua.
La córte estará lo mismo
que cuando de ella salí.

LUIS. Cual siempre reinan allí
la ambicion y el egoismo.
Cual siempre hay viejas con macas
que el amor ha vuelto locas;
casadas que quieren tocas,
viudas que buscan casacas.
Solteros apareados...
y doncellas... vividoras;
esposas muy corredoras
y maridos muy pesados.
Almidonados mendigos,
publicistas, escritores
que no tienen mas lectores
que sus parientes y amigos.
Banqueros sin capital,
y sociedades de crédito
que prestan á un corto rédito...
tres por ciento mensual.
Sabios de papel de esparto,
políticos de pegote,
filósofos sin bigote
y estadistas sin un cuarto.
Y todos por aquel rio
nadan en busca del oro,
con la conciencia de un moro,
la buena fé de un judio.
Ese pícaro dinero

obliga á tanta locura...
¿Recuerdas nuestra aventura
con aquel viejo usurero,
víctima de mis marañas?
Pues ¿y el sastre? ¿y el fondista?
por Dios, que es larga la lista
de nuestras nobles hazañas.

ALBERTO. Bien te libraste de apuros.

LUIS. En mi código está escrito
que el engaño no es delito
si no pasa de cien duros.

ALBERTO. Calla, que se acercan ya;
y, delante de esta gente,
muéstrate grave y prudente,
que importa mucho quizá.

ESCENA VII.

DICHOS, ELENA, ÁNGELA, GENARO, D. AGUSTIN y el SEÑOR PASCUAL.

ELENA. ¡Ah! ¡Luis!... (Con marcada alegria.)

LUIS. Bien hallada, Elena.
(Le estrecha la mano con particular interés.)
Señores... (Saludando.)

ALBERTO. Tengo el honor
(Dirigiéndose á D. Agustin.)
de presentar al señor
don Luis Mejia y Valbuena,
periodista de gran fama;
persona muy influyente
en la córte.

LUIS. (¡Cómo miente!)
(Hablando aparte con D. Agustin y el señor Pascual.)

GENARO. (¡Se conoce que aun le ama!...)

ANGELA. ¿Con que al fin? (Á Alberto.)

ALBERTO. Hoy nos marchamos,
y en verdad que lo sentimos,
que aqui á ustedes conocimos
y sus favores logramos.
Favores que eternamente
aqui fijos estarán, (Señala el corazon.)

y mis recuerdos serán
para usted especialmente.

ANGELA. Gracias, Alberto.

(Siguen hablando aparte mientras en otro grupo lo hacen Genaro y Elena.)

LUIS. Si fuera
diputado, les repito
que en ningun tiempo el distrito
por ello se arrepintiera.
No hablando de dar destinos,
que eso es pan de cada dia,
yo facilitar podria
la exportacion de los vinos.
Cariñena es poblacion
que superiores los tiene,
y lo que mas le conviene
es su fácil extraccion.
Hay falta de un hospital
y de un banco hipotecario;
ademas, un campanario...
y un camino vecinal.
Todo se haria al momento
que entrase la oposicion,
y eso será en la sesion
primera del parlamento.

AGUSTIN. Nosotros le agradecemos
tanto interés, mas ya sabe
el compromiso tan grave
que contraido tenemos.

LUIS. Hay medios para evitarle.

(Siguen hablando aparte.)

ELENA. Es usted harto celoso; (Á Genaro.)
Mejia es afectuoso
y no debí desairarle.
Como amigo de mi hermano
y mio...

GENARO. Solo un amante
con franqueza tan chocante
coge á una mujer la mano.

ELENA. Es tan solo una manía
que me hace poco favor;
si fuera cierto su amor

más crédito me daria.
GENARO. Los celos me han ofuscado.
Si; la creo á usted...
ELENA. ¡Prudencia!
GENARO. Si perdiese esta creencia
muriera desesperado.
Pero no estoy satisfecho,
aunque sus protestas crea,
en tanto que yo no vea
esa flor sobre su pecho.
ELENA. Hable usté á su prometida,
no se resienta... (Con coqueteria.)
GENARO. ¡Cruel!
(Se dirige al grupo donde hablan Alberto y Angela.)
LUIS. Me parece que al doncel
(Aproximándose á Elena.)
no le agrada tu partida.
ELENA. Aunque eso fuera verdad
creo que nada te importe,
pues tu ausencia de la córte
hoy siente alguna beldad.
LUIS. ¿Estás enojada?
ELENA. Si.
LUIS. Cuando á la córte lleguemos
las paces arreglaremos,
que hoy marcho tambien de aqui.
(Hablan en secreto.)
ANGELA. ¿No escuchas lo que refiere
(Á Genaro, que se fija en Elena y Luis.)
Alberto? Estás distraido...
GENARO. Si, si; ya lo he comprendido:
prosiga usted... (¡Aun le quiere!)
(Hablan ap.)
AGUSTIN. Ha dicho que es periodista.
PASCUAL. Como amigo del francés
hombre sospechoso es;
será algun trapisondista.
Si; será algun galopin
como el otro; ¡sabe Dios!...
Mal cariz tienen los dos...
¿los prendo, don Agustin?
(Lo contiene D. Agustin.)

ESCENA VIII.

DICHOS y la CRIADA.

CRIADA. D. Judas el escribano
y otros señores... (Anunciando.)
AGUSTIN. Que esperen,
que salimos al momento. (Se retira la Criada.)
Ya que aquí se hallan ustedes,
á nombre de mis sobrinos,
les suplico nos dispensen
la honra de presenciar
sus esponsales, si tienen
gusto en ello.
ALBERTO. ¿Cómo no?
La honra es nuestra.
LUIS. Yo siempre
(Con hipócrita gravedad.)
asisto á estas ceremonias
con un respeto solemne,
pues son para mí el emblema
de los sagrados placeres
que solo el hogar doméstico
ofrecer al alma puede.
PASCUAL. (¡Hum! no me engañas...)
(Al pasar por delante de Luis.)
LUIS. ¿Qué tal?
(Á Alberto.)
ALBERTO. (Un misionero pareces.)
(Á Luis; salen detrás del Sr. Pascual por el fondo izquierda.)

ESCENA IX.

ELENA, ÁNGELA, D. AGUSTIN y GENARO.

ELENA. En señal de enhorabuena
permíteme que te bese.
(Lo hace con fingido cariño.)
Dios te conceda la dicha

que tus virtudes merecen.

GENARO. (Una esperanza por Dios...

(Al pasar por delante de Elena. Esta besa la rosa que llevaba escondida entre el pañuelo, y la oculta en el pecho.)

¡Ah! (Con alegria.)

AGUSTIN. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

GENARO. Tio... perdóneme usted...
mi conciencia no se atreve...

(Genaro vacila y retrocede desde la puerta muy conmovido.)

AGUSTIN. ¿Qué quieres decir, Genaro?
Habla...

GENARO. No estimo prudente
el porvenir de mi prima
ligar de un modo solemne.
Si en ese año que falta
para la boda, ocurriese
que por no haber simpatias
ó por cualquier accidente...

ANGELA. ¡No me engañaba!

AGUSTIN. ¡Insensato!

ANGELA. ¡Ay! (Cae desvanecida en los brazos de Elena.)

GENARO. ¡Ángela! (Tratando de aproximarse.)

AGUSTIN. No te acerques, (Deteniéndole.)
que ya para tí no es nada.
¡Ah!... Señora, usted dispense...

ELENA. Esto pasará muy pronto.
¡Pobrecita!...

AGUSTIN. Al gabinete
podemos llevarla. Espera. (Á Genaro.)
¡Cuánto sufre!...

(La llevan al gabinete de la derecha entre Elena y D. Agustin.)

ESCENA X.

GENARO y D. AGUSTIN, despues ELENA.

GENARO. ¡Dios lo quiere!
¿Qué es esto que por mí pasa?
¿Qué poder desconocido

de tal modo me ha vencido
que hoy me arranca de esta casa?
Acabo de cometer
una falta; ingrato soy...
lo sé, pero loco estoy
de amor por esa mujer.
Mi buena ó mi mala estrella,
que no pude resistir,
coloca mi porvenir,
mi amor y vida en ella.

AGUSTIN. ¿Ya de tu insensato antojo (Saliendo.)
arrepentido estarás,
y el contrato firmarás
para evitarle un sonrojo?

GENARO. Tio...

AGUSTIN. ¡Genaro! ¿Aun te opones?
¿Tu razon no considera
que obrando de esa manera
en ridículo nos pones?
¿No has llegado á sospechar
en tu loco desvario,
que á esa niña, tu desvio
hoy la puede asesinar?
Ese ángel de candor,
de abnegacion y ternura
cifraba en tí su ventura,
era su dicha tu amor.
¿No es dechado de virtud?
¿Qué causa, pues?...

GENARO. Ya le he dicho...

AGUSTIN. ¡No mientas! dí que el capricho
ó mas bien la ingratitud.

GENARO. La boda...

AGUSTIN. Nada te importe.

GENARO. Hasta que el plazo cumpliera
de un año, viajar quisiera,
y hoy quizá marche á la córte.

AGUSTIN. Si; comprendo lo que quieres.
Entre ilusiones se agita
tu alma, y hoy necesita
mas realidad, mas placeres.
Cuando de temprana edad

del colegio te saqué
y educarte procuré
en santa tranquilidad,
mi tierna solicitud
no previó que llegaria
la hora en que pediria
su ofrenda la juventud.
El error ha sido mio;
mi egoismo te ha encerrado
en un pueblo, y te has cansado
de todo... hasta de tu tio... (Con afliccion.)
De este viejo que á tu madre
juró al pie de un crucifijo
velar siempre por su hijo
como si fuera su padre...
Tú sabes si yo cumplí
ese juramento santo... (Llora.)

GENARO. ¡Ah! ¡padre mio!... ese llanto...

AGUSTIN. Lloro, Genaro, por tí.
(Aparece Elena y escucha desde la puerta, y para animar á Genaro besa la rosa y hace otras demostraciones de cariño.)
Por tí, que en las seducciones
del mundo vas á caer,
sin otro apoyo tener
que tus vírgenes pasiones.
Del mar que anhelas cruzar
tú los escollos ignoras,
y entre sus olas traidoras
quizá te trague ese mar.

GENARO. Otros por él...

AGUSTIN. Pocos son
los que salvarse consiguen;
mucho menos los que abriguen
cual tú noble corazon.

GENARO. Por el mundo alerta iré,
que al fin ya no soy un niño,
y á gozar de su cariño
pronto aqui regresaré.

AGUSTIN. Marcha pues. (¡Cuánto lo anhela!...)
Libre eres ya por la edad
para hacer tu voluntad

y sacudir mi tutela.
Salgo.
(Hace seña de que espere y entra en el gabinete de la izquierda.)

ELENA. Tanta abnegacion
(Desde la puerta dándole la mano que él besa.)
pagar con mi amor sabré.

GENARO. Yo en cambio te adoraré
con todo mi corazon.
(Se retira Elena precipitadamente.)
Creí no tener valor
para realizar mi plan.

AGUSTIN. Aqui las cuentas estan
de mi cargo de tutor. (Dándole unos papeles.)

GENARO. No las tomo.

AGUSTIN. Es un sagrado
deber; despues las verás,
y en ellas encontrarás
tu capital aumentado.

GENARO. ¿Me quiere usted ofender?

AGUSTIN. Tambien aqui, de tus bienes,
todos los títulos tienes:
guárdalos en tu poder.
Cuando esten examinadas,
para mi satisfaccion
firmarás su aprobacion.

GENARO. Vengan; ya estan aprobadas.
(Las rompe sin leerlas.)

AGUSTIN. Es que mi delicadeza...

GENARO. Y yo... ¿no la tengo ya?
¿ó es que duda usted quizá
de mi afecto y mi nobleza?

AGUSTIN. (Le coge la mano cariñosamente.)
Tu tio, á pesar de todo,
hoy como siempre te estima.

GENARO. Despedirme de mi prima
quisiera...

AGUSTIN. De ningun modo.
Hoy se rompieron los lazos
con que el amor os unia.
Marcha... y si sufres un dia...
vuelve... que aqui estan mis brazos.

(Se abrazan. Genaro sale por la puerta derecha del fondo.)

ESCENA XI.

D. AGUSTIN, ÁNGELA y ELENA.

¡Ángela!
ANGELA. ¿Y él? ¿dónde está?
AGUSTIN. De casa lo he despedido,
y por ello resentido
hoy á la córte se vá.
ANGELA. ¡Ay!
AGUSTIN. No pienses mas en él.
ANGELA. Sin despedirse de mí
se marcha...
AGUSTIN. Se lo prohibí.
ANGELA. Ha sido usted muy cruel.
No merece tanto encono
su conducta.
AGUSTIN. ¡Por mi vida!
ANGELA. Yo soy aqui la ofendida
y no obstante lo perdono.
AGUSTIN. ¡Ah! si todas tus virtudes
él pudiese comprender...
ELENA. Pronto lo verás volver,
pues te ama, no lo dudes.
AGUSTIN. (Con mucha ternura.) Si es tanto su desvario
que al fin olvidarnos pueda,
no sufras, que aqui te queda
el corazon de tu tio.
Vive, que eres para mí
único apoyo y consuelo.
Si de aqui te arranca el cielo
me iré yo detrás de tí.
Ya que ese ingrato, ese infame,
me pospone á sus antojos,
vive tú, y cierra mis ojos
cuando la muerte me llame.
Que á no miraros felices,
y juntos siempre á mi lado,
aqui me hubiera secado

como un árbol sin raices.
Solo tu muerte me aterra;
si vives, seré feliz,
porque aun tendré una raiz
que me sostenga en la tierra. (La abraza.)
Á esos señores que aguardan
voy á dar cualquier disculpa.

ESCENA XII.

ÁNGELA y ELENA.

ANGELA. ¡Pobre tio!... su afliccion
mas que la mia me angustia.
ELENA. Vamos, Ángela, no llores;
esas lágrimas enjuga,
que el amor aun te reserva
dias de paz y ventura.
ANGELA. Para mí ya es imposible
esa dicha que me anuncias;
cayeron mis ilusiones
del desengaño en la tumba.
ELENA. No desconfies; Genaro
te ama, mas hoy le ofusca
su misma delicadeza.
ANGELA. Si yo, al menos, una excusa
de sus labios escuchara...
Si pudiera mi ternura
mostrarle antes de partir...
¿quién sabe si aun?...
ELENA. (¡Oh! ¡nunca!)
ANGELA. Él despedirse queria;
ya lo escuchaste.
ELENA. Sin duda.
Asi lo dijo tu tio,
mas su prohibicion...
ANGELA. Fué injusta.
Si; que hablarme pretendia,
y acaso existan ocultas
razones, que justifiquen
de mi primo la conducta.
¿Es verdad?

ELENA. Pudiera ser.
ANGELA. ¡Oh! sí; será una locura;
pero yo voy á citarle.
ELENA. (¡Que escucho! Aqui de mi astucia.)
ANGELA. Esta noche en el jardin
antes que parta... de dudas
quiero salir, mas no acierto
cómo avisarle; procura
ayudarme, piensa un medio.
ELENA. Pensándolo estoy; escucha.
Escribe al punto una carta
suplicándole que acuda
al jardin, y yo me encargo
de dársela...
ANGELA. ¡Oh bondad suma!
¿Cómo pagarte?
ELENA. Un recuerdo.
ANGELA. ¡Oh! no te olvidaré nunca.
ELENA. No tardes.
ANGELA. Voy al momento.
(Entra en el gabinete de la derecha.)
ELENA. ¡Pobre! que conmigo luchas,
sin observar que tus armas
en mi ingenio se despuntan.
Luego rasgaré esa carta
donde tu esperanza fundas,
y le aguardarás en vano
esta noche; la fortuna
me protege y mi ambicion
bello porvenir columbra.
ANGELA. Toma. (Saliendo y dándole un papel.)
ELENA. Bien está; muy pronto
(Despues de leerlo.)
leerá Genaro tu súplica,
y á la cita acudirá.
Adios.
ANGELA. ¿Te marchas?
ELENA. Hay muchas
visitas que hacer aun,
y el tiempo es corto y apura.
ANGELA. Escríbeme.
ELENA. Dime tú

lo que en la cita resulta.
Adios, Angela. (Se besan.)

ANGELA. Adios. ¿Cuándo volverás?

ELENA. Muy pronto. (¡Nunca!)

ANGELA. (¡Aun me queda una esperanza!...
(Dirigiéndose á su habitacion.)

ELENA. (¡Ya del triunfo estoy segura!...)
(Desde la puerta izquierda del fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion adornada con magnificencia. Dos puertas á los lados y otra grande en el fondo. Á la izquierda, en primer término, una pequeña, que sirve de salida al jardin. Entre esta y la del gabinete un balcon abierto, y próximo á él un velador con recado de escribir y un quinqué encendido. Á la izquierda de la puerta del fondo una mesa con espejo, y á la derecha, haciendo juego, un buró ó escritorio. Espejos, alfombra, sillones y un sofá á la derecha, en primer término. En lugar conveniente un reloj que dé las horas.

ESCENA PRIMERA.

D. AGUSTIN y ÁNGELA.

ANGELA. ¿Cuándo podremos marchar
de Madrid y de esta casa?
AGUSTIN. Pronto será; ten paciencia.
ANGELA. Bien.
AGUSTIN. Ya sé cuanto te daña
la vista de esa mujer
que tu desventura causa.
ANGELA. No es por celos; ¿qué me importa
Genaro, si no me ama?
Es que aqui, querido tio,
sufre una herida mi alma

cada vez que á Elena veo
y comprendo tanta infamia.

AGUSTIN. De nuestro viaje el objeto
quizá se logre mañana,
pues con pruebas indudables
verá tu primo bien clara
la vileza de esas gentes,
que sin conciencia ni entrañas
hace un año que lo explotan
y que su ruina preparan.

ANGELA. ¿Está Genaro arruinado?

AGUSTIN. No del todo; mas si pasa
dos años viviendo asi,
si mi afecto no lo salva,
será por demas horrible
el porvenir que le aguarda.

ANGELA. ¡Sálvele usted!

AGUSTIN. Su bondad,
la nobleza de su alma,
su inexperta juventud
hácia el abismo lo arrastran.

ANGELA. Si son precisos mis bienes
para salvarle, si alcanzan
mis sacrificios, á todo
me tiene usted resignada.

AGUSTIN. ¡Ah! ¡qué corazon tan noble!
De un ángel son tus palabras.
Si él escucharlas pudiera
arrepentido te amara.
Yo, como tú, por salvarle
vine aqui con repugnancia
cuando se empeñó en traernos
al saber nuestra llegada;
pues viviendo aqui con ellos
tengo la inmensa ventaja
de espiarles, y podré
quitarles mejor la máscara.
Bien mi corazon temia
hace un año su desgracia...
bien, al venirse á la córte,
se la anunciaron mis lágrimas...

ANGELA. Ese Alberto...

AGUSTIN. Lo engañaron
los dos; sí, la cosa es clara;
fué un plan; lo comprendo ahora.

ANGELA. Pagaron con una infamia
la noble hospitalidad
que les dimos.

AGUSTIN. ¡Oh! ¡malhaya
mi buena fé!... Dios hará
que lo arranque de sus garras,
pues desde el cielo me inspira
su madre, mi buena hermana.
Adios.

ANGELA. ¿Tardará usted mucho?

AGUSTIN. Pronto vuelvo; voy á casa
del agente; me ha citado
(Mira el reloj.)
á esta hora, y ya me aguarda.

ANGELA. Leyendo en mi habitacion
su regreso esperaré.

ESCENA II.

ANGELA y ELENA, que sale de su habitacion de la izquierda á tiempo que aquella se dirige á la suya de la derecha.

ELENA. ¿Huyes de mí?

ANGELA. ¿Yo?... ¿por qué?...

ELENA. Quizá será una aprension.
Pero desde que has llegado
á Madrid, á pesar mio,
en tí un marcado desvio
me parece haber notado.
No sé qué motivará
tu enojo, tu indiferencia.

ANGELA. ¡Pregúntalo á tu conciencia,
que ella te contestará!

ELENA. ¡Ah! ya comprendo tu error.
En tu inocencia has creido
que yo desleal he sido
y te he robado tu amor.
Respóndeme; ¿no es verdad
que es eso lo que has pensado?

ANGELA. ¡Oh! si; pienso que has pagado
con la traicion mi amistad.
ELENA. ¿Acaso fué culpa mia
que luego, al llegar aqui,
se enamorase de mí?
ANGELA. No excuses tu alevosia.
Si una mujer debió ser
para él indiferente,
Elena tan solamente
debió ser esa mujer.
Mas tú, ingrata é inhumana,
juzgas que á nada te obliga
el cariño de una amiga,
que te llamaba su hermana.
ELENA. ¿Quién domina al corazon
si siente de amor la llama?
ANGELA. No sé si al tuyo lo inflama
el amor ó la ambicion.
ELENA. ¡Ángela! Tal arrebato...
ANGELA. No siente amor verdadero
un corazon tan artero
como el tuyo... y tan ingrato.

ESCENA III.

ELENA y luego BRUNO.

Risa me causa su enojo;
¿qué me importa, si su primo
hoy se encuentra como nunca
enamorado y rendido?
Inútiles han de ser
los consejos de su tio,
y en vano serán de Ángela
las lágrimas y suspiros.
Genaro romper no puede
ya los remachados grillos,
con que hace un año mi amor
lo tiene en Madrid cautivo.
Su esposa seré, no obstante
las intrigas y artificios
de ese viejo, que á la córte

á perdernos ha venido.
Alberto sigue sus pasos
y frustrará sus designios;
mas lo que en verdad me alarma
son las palabras que ha dicho
Ángela sobre ambicion
y falsedad... ¿Tendrá indicios
de mis amores con Luis?
Si Genaro... ¡Ah! Es preciso
salir de esta situacion
y evitar todo conflicto.
Hácia Mejia me arrastran
lazos de un afecto antiguo,
mas su posicion no ofrece
el porvenir que yo ansío.
Genaro, por otra parte,
es bueno, es noble y es rico,
y aunque amor por él no siento,
si al fin se casa conmigo,
la dicha y la gratitud
ya me inspirarán cariño.
Si; yo debo decidirme;
mas conviene obrar con tino
y terminar buenamente
con Luis ese compromiso.
La sortija de Genaro
(Tira del cordon de la campanilla.)
tiene en su poder, y hoy mismo
es preciso recobrarla;
Luis es algo vengativo,
y puede comprometerme
contrariando mis designios.

BRUNO. ¿Qué manda usted?
(Saliendo por el fondo derecha.)

ELENA. Oye, Bruno.
Cuando venga el señorito...

BRUNO. ¿Quién? ¿don Genaro?

ELENA. Don Luis.

BRUNO. ¡Ah! Ya entiendo. ¿Qué le digo? (Con malicia.)

ELENA. Que no se marche sin verme;
si está solo, dáme aviso.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

BRUNO, arrellanándose en un sillon.

No hay quien tenga mejor vida
que yo en la córte, de fijo;
no cambio con un canónigo,
se entiende, cuando eran ricos,
la prebenda que aqui tengo,
la ganga que he conseguido.
Por un lado, don Genaro
suele hacerme regalillos
de cuando en cuando; ya cae
un chaleco nuevecito,
unas botas, un sombrero
ú otro cualquier desperdicio.
Don Luis, porque yo le avise
cuando viene el señorito,
lárgame una pesetilla
y algun cigarro; lo mismo
doña Elena; porque calle
y oculte sus embolismos,
sendas propinas me dá.
Pues, ¿y don Alberto? ¡amigo!
Ese si que es campechano...
no pasa ningun domingo
que no me dé medio duro
por lo mucho que le sirvo
en los asuntos que tiene
la empresa, y en ser del tio
de don Genaro un espia,
desde que á la córte vino.
De modo que entre unos y otros
voy llenando mi bolsillo,
y dentro de poco tiempo
reuniré un capitalito
regular; siga la danza
y adelante con el Cristo.
Vivamos, y ancha Castilla,
que el rey es quien paga... digo,
el que paga es don Genaro,

que se conoce que es rico
y franco. Tal vez por eso
le llamen todos el primo.
(Suenan fuertes campanillazos dentro, y luego gritos.)
¿Si será sordo ese bárbaro?
no llaman con pocos brios.
¿Á estas horas, quién será?
¿á qué darán esos gritos?

ESCENA V.

BRUNO, un CRIADO y el SEÑOR PASCUAL.

¿Qué es eso?
CRIADO. Que un lugareño
descarado y atrevido
se empeña en entrar aquí;
pues; y porque le hemos dicho
que vuelva mañana, chilla
y está hecho un basilisco.
BRUNO. Que pase. Démonos tono
con el paleto; de fijo
que al entrar me llama usia.
(Se compone la corbata delante del espejo.)
PASCUAL. Muy buenas noches, amigo.
(Entrando bruscamente.)
¿Es usted?...
BRUNO. El mayordomo.
PASCUAL. Entonces... con su permiso.
(Se sienta sin ninguna consideracion.)
Siéntese usted.
BRUNO. Pues me gusta...
PASCUAL. Soy muy franco.
BRUNO. Ya lo he visto.
PASCUAL. Ademas, vengo cansado,
que ha sido largo el camino,
y por lo tanto no estoy
ahora para remilgos.
BRUNO. Pero, en fin, ¿usted qué quiere?
¿A quién busca?
PASCUAL. Despacito.

Déjeme usted respirar;
tiene usté el genio muy vivo.

BRUNO. Pero hombre, explíquese usted
y sepamos...

PASCUAL. Ya me explico. (Con calma.)
Yo vengo de Cariñena.
¿Se enteró usted?

BRUNO. El motivo
de esta visita sospecho.

PASCUAL. ¿Si? pues es usted muy listo.

BRUNO. ¿Usted será contratista?...

PASCUAL. ¿Yo contratista?...

BRUNO. De vino.

PASCUAL. Tengo pocos; este año
se desarrolló el *oidium*
y fué corta la cosecha.

BRUNO. ¡Lástima es!

PASCUAL. Por lo visto
usted será aficionado
á levantar... (Hace seña de beber.)

BRUNO. Un poquillo.
Conque, en fin, usted vendrá
á negociar esos líquidos
con la empresa.

PASCUAL. ¿Con qué empresa?

BRUNO. Con esa que ha establecido
mi amo, para surtir
de esta córte á los vecinos
de pan, de vino, de carne,
de garbanzos, de tocino
y otras mil cosas, y todo
barato y á domicilio.
Ahí tiene usted un prospecto.
(Le entrega un impreso.)

PASCUAL. *La Proveedora.* (Leyendo.)

BRUNO. Ya el título
indica...

PASCUAL. Si, que con ella
se proveerán los bolsillos
de su amo.

BRUNO. Y del que quiera
hacerse muy pronto rico.

PASCUAL. ¿Sabe usted qué es invencion?
¿Pero cómo?...
BRUNO. Es muy sencillo.
La empresa piensa poner
dos mil carros bien provistos,
que irán por todas las calles
despachando esos artículos,
llevando para anunciarse
cada uno... un organillo.
Son mercados ambulantes
en movimiento continuo.
PASCUAL. ¡Hombre! ¿qué me cuenta usted?
Eso será un laberinto
de carruajes y músicas,
y de atropellos y gritos.
Qué cosas se inventan hoy
para... (Hace señal de comer.)
BRUNO. Es un gran servicio
el que á la córte se presta.
Los amos con ese arbitrio
las sisas de las criadas
evitan, y otros perjuicios.
Y luego la baratura...
lo cómodo.., ¡Oh! es magnífico
ese proyecto! ¿es verdad?
PASCUAL. Yo creo qne es un delirio
de alguno que está en ayunas;
y que sueña con lo mismo
que otras empresas: con esto. (Indíca dinero.)
Buscan tontos... ¡cabalito!
BRUNO. Lo que es esta sociedad...
Hay muchos socios suscritos
que se harán en poco tiempo
millonarios; lo ha ofrecido
don Alberto.
PASCUAL. ¿Es un francés?
BRUNO. Si, señor.
PASCUAL. ¡Ay! ¡pobrecillos!
mal estan con su dinero.
BRUNO. Pues es un hombre muy listo.
PASCUAL. Demasiado. Pero, ¿cómo
en la empresa se ha metido

sin capital?

BRUNO. Adelanta
muchos fondos un amigo
para los primeros gastos.

PASCUAL. ¿Un tal don Genaro?

BRUNO. El mismo.

PASCUAL. Ya la comision comprendo
de que me encargó su tio,
y que hoy á Madrid me trae.

BRUNO. ¡Ah! ¿Conque usted por lo visto
buscaba?...

PASCUAL. Á don Agustin.

BRUNO. (¡Bruto de mí! que le he dicho...)

PASCUAL. ¿No vive aquí?

BRUNO. Si; aqui vive.
(¿Este hombre á qué habrá venido?)
Algun enredo del viejo;
si pudiera descubrirlo...)
¿Conque usted viene?...

PASCUAL. Á la córte.

BRUNO. Si; pero creo me dijo
que trae una comision
de...

PASCUAL. Es usted curiosillo,
y á los que como usted charlan
nunca mis secretos digo.

BRUNO. Yo tampoco... (¡Estos paletos
saben mucho!... ¡son muy pillos!...)

PASCUAL. Diga usted; ¿tardará el amo?

BRUNO. No sé cómo no ha venido.

PASCUAL. Entonces le aguardaré
acostado en este sitio.
(Se tiende cómodamente en el sofá.)
Tengo un sueño...

BRUNO. ¿Qué hace usted?

PASCUAL. Ya lo vé.

BRUNO. ¿Acaso ha creido
que esta casa es un meson?
¡Largo ya!

PASCUAL. No alce usté el grito, (Se levanta.)
que si llego á incomodarme
voy á romperle el bautismo;

porque soy aragonés
(Hace ademan de pegarle un puñetazo.)
y de un... ¡cuidado conmigo!...

ESCENA VI.

DICHOS y LUIS.

LUIS. ¿Qué ocurre?
BRUNO. Que aqui este hombre...
PASCUAL. Tenga usted mejores modos.
LUIS. ¡Alcalde! ¿usted por Madrid?
PASCUAL. Dispense usted... no conozco...
LUIS. Hombre, ¿no recuerda usted
que hace un año, á buscar votos
fuí á Cariñena?
PASCUAL. Es verdad. (Se dan la mano.)
BRUNO. Con su permiso. (Habla aparte con Luis.)
PASCUAL. (Este otro,
¿será tambien de la empresa?
¡Pobre don Genaro! pronto,
como á inocente cordero,
te comerán estos lobos.)
LUIS. Toma este cigarro.
BRUNO. Gracias.
(Váse por la izquierda.)
LUIS. ¿Lo gasta usted?
(Ofreciéndole otro al Sr. Pascual.)
PASCUAL. Venga; es gordo
y bueno. (Examinándolo.)
LUIS. Habano legítimo.
PASCUAL. Bien huele.
LUIS. ¿Lleva usted fósforos?
PASCUAL. Uso piedra y eslabon;
(Saca una bolsa y enciende el cigarro.)
esto es menos peligroso.
LUIS. ¿Qué asuntos aqui le traen?
¿Se trata de algun negocio?
PASCUAL. Nada; pasar en la córte
unos dias de jolgorio,
y gastarnos unos cuartos
en la comedia y los toros.
LUIS. (Le echaremos el anzuelo

á ver... parece algo bobo.)
Creo excusado el decirle
que debe contar en todo
conmigo; si puedo en algo
serle útil...

PASCUAL. (¡Qué obsequioso!)

LUIS. Mándeme usted con franqueza;
y si necesita fondos,
ó bien recomendaciones,
disponga usted á su antojo.

PASCUAL. Ya veremos. Por ahora...

LUIS. (Este pica.)

PASCUAL. (Te conozco.)
¿Y usted tiene algun destino?

LUIS. Soy agente de negocios;
pero privado, sin título,
para los amigos solo.
Agencio empleos y cruces,
y préstamos proporciono.
Subasto bienes del clero,
y en las oficinas sobro
las láminas, y líquido
créditos contra el Tesoro.
Por amistad solamente.

PASCUAL. Si; ya comprendo.

LUIS. Á propósito.
Si allá en Cariñena hubiese
atrasos de religiosos,
ó papel de suministros...
ya sabe usted que estoy pronto
á encargarme de cobrarlos...

PASCUAL. (Y de comértelos todos.)
Bien; haré la diligencia...

LUIS. Lo que ha de ganarse otro...
¿Y usted no quiere un empleo?

PASCUAL. No me gusta estar ocioso.

LUIS. Pero al menos una cruz;
será corto el desembolso,
que el género anda barato.
Por mil quinientos... supongo...
¿Lo hacemos?

PASCUAL. Ya tengo una.

LUIS. Si, ¿la del cólera morbo?
PASCUAL. Es otra cruz de mas mérito.
LUIS. ¿Cuál es?
PASCUAL. La del matrimonio.
Soy casado y con diez hijos,
y la suegra en casa... ¿es poco?

ESCENA VII.

DICHOS y BRUNO.

BRUNO. La señorita desea
hablar á usted, y ahora sale.
PASCUAL. Ese recado equivale
á despedirme.
LUIS. No crea...
Fuera, en otra habitacion,
podrá, si gusta, esperar.
PASCUAL. Corriente.
LUIS. Ya para hablar
tendremos otra ocasion.
Trata al señor como amigo,
y sácale una botella
del bueno.
PASCUAL. Mediando ella
ya hará las paces conmigo.
(Vánse por el fondo derecha.)

ESCENA VIII.

LUIS y ELENA.

ELENA. ¿Estamos solos?
LUIS. Genaro
sospecho que aun tardará,
su tio tampoco está;
hablar puedes sin reparo.
¿Qué te ocurre, Elena mia?
¿Qué quieres? di...
ELENA. Darte aviso
de que ir alerta es preciso,
que en casa se nos espia.

LUIS. ¿Él quizá?

ELENA. Nada he notado
que indique...

LUIS. Entonces, no acierto
quién puede ser, porque Alberto,
en negocios ocupado,
no se fija... y Bruno es mio;
que haya peligro no creo.

ELENA. Tú te olvidas, segun veo,
de Angelita y de su tio.

LUIS. No comprendo qué interés
puede moverles.

ELENA. Yo si;
el arrancarle de aqui
para casarlo despues.

LUIS. Él es libre, y nadie ignora
que amores contigo tiene.

ELENA. Por lo mismo les conviene
lograr revelarle ahora
los nuestros. Temo un ardid
de ese viejo.

LUIS. Es aprension.

ELENA. Obremos con precaucion
mientras esten en Madrid.
¡Paciencia!...

LUIS. Por complacerte
mi paciencia no es escasa,
que un dia y otro se pasa
sin que á solas logre verte.

ELENA. Ya sabes cuánto interesa
este juego sostener
por algun tiempo, hasta ver
restablecida la empresa
de mi hermano. Sus desvelos
destruir no debo, no.

LUIS. ¿Y es poco lo que hago yo
devorando aqui mis celos?
¿Mis amorosos antojos
no esclavizo por prudencia?
¿No encadeno en su presencia
tambien mi lengua y mis ojos?
Para que el miedo que sientes

pierdas hoy, ¿qué necesitas?

ELENA. Que suspendas tus visitas
y de la córte te ausentes
por poco tiempo.

LUIS. ¿Tambien
quieres mi ausencia? ¿Eso mas?
Si de mí cansada estás,
sé mas franca en tu desden.

ELENA. ¡Luis!

LUIS. ¡Oh! si; dudando voy
de tu amor.

ELENA. Si me quisieras,
ese sacrificio hicieras
que tan necesario es hoy.

LUIS. Pues bien, me resigno á todo;
mañana me ausentaré.

ELENA. Muy pronto te escribiré
que vuelvas. Ya veré el modo
de que todo esto concluya
en tu ausencia, y sin temor
podré mostrarte mi amor,
pues sabes que mi alma es tuya.

LUIS. Contento parto, si fija
llevo esa idea en mi mente.

ELENA. Esta noche es conveniente
que me entregues la sortija
que tienes en tu poder
de Genaro, y que celoso
me arrebataste; es forzoso
devolvérsela al romper.

LUIS. Genaro esta noche vá
conmigo á un baile.

ELENA. Lo sé.

LUIS. Esa joya te traeré
mientras en el baile está.

ELENA. El peligro no se evita;
si descubre que has venido,
creerá con razon que ha sido
tu vuelta solo una cita.
Que pudiera verte entrar
su tio, ó algun criado
que por él esté ganado

lo pudiera revelar.
LUIS. Hay un medio; Bruno, abierta
tendrá del jardin la entrada.
Sin que nadie note nada
yo entraré por esa puerta.
ELENA. Es muy expuesto, y Dios sabe...
LUIS. Con precaucion andaremos,
y un tropiezo evitaremos.
ELENA. No sé dónde está la llave.
Voy á buscarla; la suerte
esta noche nos proteja.
(Si recobro esa sortija
(Marchando hácia su habitacion.)
y él de la córte se ausenta,
no habrá ya peligro alguno
que estorbar mi enlace pueda.

ESCENA IX.

LUIS y luego ALBERTO.

¿Será tal vez una farsa
y de aqui alejarme intenta
para que Genaro asi
mas en sus amores crea?
Elena es sobrado astuta,
y si me amara de veras,
no exigiria... veremos
esta noche, aunque es muy diestra,
si en sus palabras descubro
cuáles sus proyectos sean.
Hola, Alberto.
ALBERTO. Adios, Luisillo.
LUIS. ¿No has salido?
ALBERTO. No; me acosa
el trabajo, y esta noche
quizá me la pase toda
en el despacho. Me tiene
la empresa...
LUIS. ¿Cuándo se monta?
ALBERTO. Aun tardará; no es tan fácil
como crees poner por obra

un proyecto como el mio
tan colosal y... tú ignoras
lo que son estas empresas...
Luego, en España las cosas
marchar bien no pueden nunca.
Aqui no encuentras personas
aptas para nada; todos
su capital atesoran,
porque temen colocarle
en sociedades anónimas,
aunque sean cual la mia
seguras y productoras.
¡Qué pais tan atrasado!

LUIS. Por eso muchos lo explotan.
(Tocándole en el hombro.)

ALBERTO. Mi proyecto en otra parte
diérame dinero y honra;
pero aqui...

LUIS. Pues yo creia
que las acciones...

ALBERTO. Son pocas
las que hay tomadas; no suman
diez mil duros entre todas,
y solo algunas cobré.
¿Pero aqui qué haces á solas?

LUIS. Espero á Genaro.

ALBERTO. Chico,
parece que eres su sombra;
no lo dejas un instante.
Tu amistad...

LUIS. ¿No te acomoda?

ALBERTO. Yo no digo...

LUIS. Hay para todos.
Sigue tú en tus maniobras
con él, y deja que un pobre
algo del festin recoja.

ALBERTO. Harto recoges, Luisillo,
pues hace un año que gozas
de todos cuantos placeres
la córte nos proporciona.
Tienes teatro de balde;
con él siempre estás de fonda;

el coche nada te cuesta
y dispones de su bolsa.
¡Qué breva!...

LUIS. No es mala; en cambio...
te comes tú la mas gorda.
Mas la mina es abundante
y el filon aun no se agota.
Como dos buenos amigos,
y sin miras envidiosas,
cada cual vaya explotándola
como lo hacemos ahora.

ALBERTO. Un servicio necesito
de tí que mucho me importa.
Procura que el usurero,
que otras veces nos apronta
los fondos, para mañana
tres mil duros me disponga.

LUIS. ¿Garantia?

ALBERTO. Un pagaré
de Genaro.

LUIS. ¡Poca cosa!

ALBERTO. Las fincas hipotecadas
á ese mismo mucho montan.

LUIS. Bien; por mi parte veremos;
pero ese hombre no afloja
su dinero como quiera;
es tan suspicaz, tan cócora...

ALBERTO. ¡Eres muy ingrato, Luis!

LUIS. ¿Pero por qué asi te enojas?

ALBERTO. Porque...

LUIS. Veremos mañana
si ese papel se negocia.

ALBERTO. Voy al despacho á poner
ese documento en forma.
Avísame cuando él venga;
y si mi objeto se logra
con la empresa, tu fortuna
tienes hecha, si me apoyas.

LUIS. Lo creo; mas aun no sé
qué parte en ella me toca.

ALBERTO. Tomarás de las ganancias
el catorce; ¿te acomoda?

Luis. Yo quisiera un sueldo fijo;
ganancias... tómalas todas.
No tengo grande ambicion,
y con un sueldo me sobra.

Alberto. Mañana lo arreglaremos.
(¡Qué truhan!)
(Váse por el fondo izquierda.)

ESCENA X.

LUIS y despues GENARO.

Luis. Cómo se adosa
á todo, porque haga yo
mañana... chasco se lleva.
Ese prestamista tiene
mi pagaré, y si coteja
las firmas, esa jugada
costarme caro pudiera.
Obremos por cuenta propia,
y cuando Genaro venga
arreglemos mi negocio,
que es lo que tiene mas cuenta.
Aqui está ya.

Genaro. Hola, Luis.
¿Hace mucho que me esperas?

Luis. Un rato.

Genaro. Dime: ¿es preciso
que te acompañe á la fiesta
para hablar á esa señora?

Luis. Le ofreci llevarte á ella,
y si esta noche no fueses
un desaire lo creyera.
Qniere, ademas, que le des
unos datos que interesan,
y no sé qué documentos
acerca de la nobleza
de tu familia.

Genaro. Ese asunto
tarda tanto...

Luis. Ten paciencia.
Un título de marqués

no se alcanza còmo quiera.
Esa amiga que anda en ello
tiene bastante influencia
con el ministro... y hoy mismo
me repitió sus ofertas.
Si es que estás arrepentido
de la pretension...

GENARO. No creas
que es que yo sienta el dinero
que ya este negocio cuesta
y que aun me puede costar;
es que mi alma no anhela
esos honores y títulos
que otros con ansia desean,
pues ya conoces lo poco
que mi caracter se presta
á vanas ostentaciones.
Tú me metiste en la empresa,
y consentí solamente
por un capricho de Elena.

LUIS. Si; ya sé que no te gustan
esas cosas; que no aprecias
el dinero; mas hoy dia
el que de cualquier manera
no brilla y no mete ruido,
oscuramente vegeta
sin que en él la sociedad
sus ojos fije, aunque sea
un modelo de virtudes
ó bien un pozo de ciencia.
¿Qué quieres? asi está el mundo.

GENARO. ¡Es triste!

LUIS. ¿Y quién lo remedia?

GENARO. Verdad.

LUIS. Ademas, un jóven
de tu boato y tus rentas
parece mal sin un título.
En Madrid las apariencias
son el todo, y nadie vale
mas que lo que representa.

GENARO. Mi vanidad no estimulas
por eso; sabes la idea

que me movió, la de darle,
si al fin me caso con ella,
como regalo de boda
un título de marquesa.
Activa, pues, ese asunto.

LUIS. Ya lo avivará esta espuela.

GENARO. ¿Y qué es ello?

LUIS. El aderezo
que mandé hacer por tu cuenta
para darlo á esa señora,
de tu gratitud en prenda.
Mira.
(Enseñándole un estuche que Genaro no quiere ver.)

GENARO. Poca confianza
tienen en mí, cuando aceptan
un regalo anticipado.

LUIS. Hombre, la costumbre es esa;
como pegan tantos chascos
los pretendientes...

GENARO. ¿Y cuesta?

LUIS. Muy barato, dos mil duros.
Ahí puedes verlo en la cuenta.
(Enseña un papel, que Genaro no examina, y se dirige este al buró, de donde saca unos billetes que le entrega.)
del diamantista... (No valen
cien reales estas piedras.)

GENARO. Toma y cuenta; son de á cuatro.

LUIS. Uno... cinco... diez, cuarenta.
Se le entregará esta noche.
(Se guarda el estuche y los billetes.)
Alberto hablarte desea;
le avisaré. (La fortuna
(Dirigiéndose á la puerta, mientras Genaro se queda pensativo.)
se me ha entrado por las puertas;
la farsa del marquesado
es una ganga completa.
Para los gastos del baile
y la parte que se lleva
esa señora... seis mil...
(Contando con los dedos.)

Si pago ademas la deuda
del maldito prestamista
que me persigue... aun me quedan...)
(Våse fondo izquierda.)

ESCENA XI.

GENARO y ELENA.

ELENA. (¡Ah! Ocultemos aqui...)
(Sorprendida y ocultando la llave.)
¿Genaro? ¿por qué motivo
te encuentro tan pensativo?
GENARO. Estaba pensando en tí.
Pensaba, Elena querida,
en que mi alma está en pugna
con la córte, y me repugna
pasar en ella la vida..
No me puedo acostumbrar
á ciertas cosas que veo,
y viviendo en ella, creo
que al fin habré de enfermar.
Me hace daño el egoismo
de ciertas gentes taimadas,
en alma y cuerpo entregadas
á ese vil materialismo.
Exhala esta sociedad
aliento de corrupcion,
y no puede el corazon
respirar con libertad.
ELENA. Recuerdos que hay en tu mente
de otro pais y otros dias,
imágenes tan sombrias
te inspiran seguramente.
Desde que á Madrid llegó
tu prima, son tus ideas
distintas que antes.
GENARO. No creas
que su venida influyó
para nada.
ELENA. No te asombres,
que es muy natural, Genaro.
GENARO. No; no es eso; es que comparo

las costumbres y los hombres.
Y entre esa inquietud, Elena,
y de los pueblos la calma,
esta prefiere mi alma,
que aunque aburre no envenena.
Mi amor inmenso y profundo
me tiene aqui encadenado,
mas, cuando estoy á tu lado,
no me acuerdo ya del mundo.

ELENA. ¿Tanto me quieres?

GENARO. No hallara
voces que expliquen mi amor.
Tú lo comprendes mejor
que si yo te lo explicára.

ELENA. ¡Genaro mio! Te adoro
cuanto se puede adorar.

GENARO. ¡Oh! pronto podré pagar
tu amor, mi único tesoro.

ESCENA XII.

GENARO, ELENA, ALBERTO y LUIS.

ALBERTO. ¿Genaro?

GENARO. ¿Qué me querias?

ALBERTO. Hablar contigo un momento
sobre la empresa.

GEBARO. Lo siento,
que es tarde.

ALBERTO. Hace algunos dias
que no hablamos, y es preciso
ciertas cosas orillar.

GENARO. Tú las puedes arreglar.

ALBERTO. Es que existe un compromiso.
Faltan fondos, y yo lucho...

GENARO. Harto dinero se gasta.

ALBERTO. Como la empresa es tan vasta
el montarla cuesta mucho.
Ganados hay que ajustar
y almacenar vino y trigo,
y eso yo no lo consigo
sin primero adelantar

fondos. Tengo contratado
mucho género...
LUIS. (¡Embustero!)
ALBERTO. Y gasté todo el dinero...
LUIS. (En la casa que has comprado.)
GENARO. ¿Y cuánto?...
ALBERTO. Muy poco á fé.
GENARO. Hoy me encuentro desprovisto
de fondos...
ALBERTO. Está previsto;
aqui traigo un pagaré,
y si quieres esta noche...
GENARO. Venga, que el tiempo se pasa.
(Se dirige al velador y lo firma.)
LUIS. Está muy cerca la casa.
GENARO. Ademas, me aguarda el coche.
ALBERTO. (Que se negaba creí.)
LUIS. (¿Tienes la llave?) (Á Elena.)
ELENA. (No sé
si entregártela podré.) (Á Luis.)
GENARO. Adios.
ELENA. ¿Pensarás en mí?
GENARO. Como siempre.
(Salen hablando juntos y detrás Luis.)

ESCENA XIII.

ALBERTO y ELENA.

ALBERTO. Ya se cansa
(Con lentitud hasta que vuelve Elena.)
de tanto y tanto gastar.
Las gestiones de su tio
su efecto producen ya,
que ese viejo sabe mucho
y caza largo; ademas,
la presencia de Angelita
el que influya es natural
en su jóven corazon.
¿Por qué al pueblo no se irán
á mantener pordioseros,
y aqui nos dejan en paz?

Como en Madrid esas gentes
vivan algun tiempo mas,
me temo que á nuestro hombre
me lo van á malear.
Alerta es preciso ir;
por si hay una tempestad,
pongámonos al abrigo
de un mediano capital.
¿Se fueron?

ELENA. Si.

ALBERTO. Pues ahora
que aqui con seguridad
hablar podemos, escucha;
tu atencion fija.

ELENA. ¿Qué hay?

ALBERTO. Hay que el tio de Genaro,
desde que ha llegado acá,
solo se ocupa en intrigas
para poderme arruinar.
Por los tribunales anda,
y con escribanos vá
desenterrando expedientes
que ya olvidados estan;
y si se mezcla la curia
poco bueno hay que esperar.
Por todas partes me acosa,
y derrocha su caudal
por descubrir mis secretos
y perderme; mas su plan
destruiré si tú á Genaro
cual hoy fascinando vas.

ELENA. Hoy me quiere como nunca
y loco de amor está,
pero de la boda ha tiempo
nada me ha vuelto á indicar.

ALBERTO. No desconfies, Elena,
de eso hemos hablado ya,
y solo espera ocasion
para poder arreglar
ese asunto con su tio
sin rompimiento y en paz.
Por lo mismo que se acerca

ese dia, importa mas
obrar con tacto y prudencia;
la tuya, Elena, en verdad,
que no es muy grande. Mejia...

ELENA. Alberto, engañado estás;
la mayor indiferencia
reina entre nosotros

ALBERTO. ¡Bah!
¿te figuras que soy ciego
y que soy sordo ademas?

ELENA. Te repito...

ALBERTO. Á mí es inútil
el pretenderme engañar.
No olvides estos consejos
que harán tu felicidad,
que si una vez la fortuna
huye, no vuelve jamás.
(Váse por el fondo izquierda.)

ELENA. Miedo me ha dado mi hermano;
¿habrá un agüero fatal
en sus palabras? ¡Oh! todo
esta noche concluirá.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIV.

D. AGUSTIN y el SEÑOR PASCUAL.

PASCUAL. Aunque me hubiera costado
pasar en vela la noche,
aqui le esperara.

AGUSTIN. Gracias.

PASCUAL. Ahí tiene usted el importe
(Le dá unos papeles.)
de sus cosechas, y el precio
de la hipotecada torre,
que en Zaragoza he cambiado
por letras sobre la córte.

AGUSTIN. Ha cumplido usted muy bien
mis encargos é instrucciones,
y de nuevo le agradezco...

PASCUAL. Basta de gracias y flores

don Agustin; á usted debo
muchísimas atenciones,
y ademas, en Aragon
se sirve bien y al galope.

AGUSTIN. Sobran fondos.
(Despues de examinarlos y guardarlos.)

PASCUAL. Los productos
hubieran sido mayores,
vendiendo el grano y los vinos
con calma, pero sus órdenes
venian tan apremiantes...

AGUSTIN. Me urgian esos valores.

PASCUAL. Ya lo sé.

AGUSTIN. ¡Cómo! ¿usted sabe?..,

PASCUAL. Cuando, sin darle mi nombre,
hablé con el mayordomo,
y por sus explicaciones
supe que aquel don Alberto
aqui vive, y que á ese hombre
para una empresa le presta
don Genaro sus doblones;
y luego he visto el boato
de criados y de coches;
y he visto que por aqui
anda tambien su amigote,
el que vino á Cariñena
por asunto de elecciones,
ofreciendo un campanario...

AGUSTIN. Ya sé.

PASCUAL. Y que se conoce
que es un pájaro de cuenta,
dije para mi capote:
don Genaro ha sido víctima
en Madrid de esos bribones,
y el tio reune fondos
para salvarle: ¿erré el golpe?

AGUSTIN. Asi es; ha consumido
desde que llegó á la córte
gran parte de su caudal,
y estan sus fincas mejores
gravadas por fuertes sumas
con un interés enorme

Si usted supiera...

PASCUAL. Sospecho
lo que pasa, y que está el pobre,
lo mismo que Jesucristo,
metido entre dos ladrones.
Si yo los hubiese preso
allá en Cariñena entonces,
no hicieran ellos ahora...
usted se opuso...

AGUSTIN. Se opone
á esas arbitrariedades
nuestro código.

PASCUAL. Aprensiones.
Para estas gentes los códigos
son inútiles; conocen
los trámites y las fórmulas
mejor que un juez, y disponen
sus enredos de manera
que es raro si se les coge.
Nada; no estoy por las leyes.
Para gentes de este porte
solo sirve una justicia...
la justicia del garrote.
Mas don Genaro no sé
cómo esos lazos no rompe.
Usted le habrá dicho...

AGUSTIN. En vano
han sido mis reflexiones.
De la hermana del francés
ser esposo se propone,
y nada vé; trastornado
está con esos amores.

PASCUAL. Yo creí que esa señora
era novia de otro jóven,
de don Luis.

AGUSTIN. Hable usted claro.
¿Qué pruebas tiene? ¿por dónde
ha sabido?...

PASCUAL. Solo sé
que el juego de ella es muy doble,
pues juega con dos barajas
y pego á la una pone.

AGUSTIN. Explíquese usted; ¿quién sabe
si de ese modo se logre?...
PASCUAL. Mientras ahí fuera esperaba
junto al corredor, un hombre
y una mujer en secreto
hablaban de que á las doce
por la puerta del jardin,
cuya llave ella entrególe,
él vendria. La señal
en que quedaron conformes
fué la de apagar la luz;
él por la voz parecióme...
AGUSTIN. ¿Quién?
PASCUAL. Don Luis.
AGUSTIN. ¿Y Elena ella?
PASCUAL. Es fácil que me equivoque,
pues conversaban á oscuras;
pero, don Luis era el hombre.
AGUSTIN. ¡Oh! ¡si eso fuera verdad!...
PASCUAL. Dios á veces lo dispone
de manera...
AGUSTIN. ¿Y esa cita
cuándo?...
PASCUAL. Creo que esta nóche.
AGUSTIN. Ya se aproxima la hora; (Mirando el reloj.)
nuestra presencia no estorbe.
Desde aqui dentro podremos
sorprender á esos traidores.
(Se dirigen al gabinete de la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS y GENARO, que entra sin verlos y permanece preocupado.

AGUSTIN. ¡Mi sobrino!
PASCUAL. ¡Qué oportuno!
AGUSTIN. Es que Dios lo trae, si.
¿Genaro?
GENARO. ¿Usted por aqui?
¿Algun asunto?
PASCUAL. Ninguno.
El objeto principal

fué verles; que hacer no habia
y me dije: esta es la mia.
¿Cómo vá en Madrid?

GENARO. Tal cual.

AGUSTIN. Aunque parezca indiscreto,
si usted quisiese aguardar
por un momento, he de hablar
con mi sobrino en secreto.
Cosas de familia son.

PASCUAL. Su advertencia no me ofende.
(Se retira por el fondo derecha.)

GENARO. Tio, si ahora pretende
reproducir la cuestion
de ayer, de veras le ruego
que...

AGUSTIN. Ya sé que huyendo vas
de ese asunto, porque estás,
por tu desgracia, muy ciego.
Y por lo mismo no ves
que otros te estan explotando,
y que sigues derrochando
tus bienes en su interés.

GENARO. Ahorremos nueva querella
si usted quiere.

AGUSTIN. Voy á darte
gusto, pues no pienso hablarte
de Alberto, sino de ella.

GENARO. Le anuncio que será en vano.
Elena es...

AGUSTIN. Á fé mia
que Elena es... todavia
mas infame que su hermano.

GENARO. ¡Tio! detenga la lengua
pues no respondo de mí.
¿Qué ha visto para que asi
se exprese de Elena en mengua?
¿Qué?

AGUSTIN. Refrena tus enojos
y espera, porque tal vez
esta noche su doblez
verás por tus propios ojos.

GENARO. ¡Oh! ¡aclare usted!...

AGUSTIN. En fin,
esa luz se apagará
á las doce, y entrará
Mejia por el jardin.
Oculto ahí, sé testigo,
aunque te mate la pena,
de la virtud de tu Elena,
de la lealtad de tu amigo.
(Váse por el fondo derecha.)

ESCENA XVI.

GENARO.

¡Elena infiel hasta el punto
de cometer tal maldad!
Tengamos serenidad
para ver claro el asunto.
Luis, al irnos... eso es,
en el coche me dejó
con un pretexto, y subió,
bajando poco despues.
Y luego que por él fuí
en el baile presentado,
se separó de mi lado
sin verle ya por allí.
Pero ella... ¡Santos cielos!
dadme en este trance ayuda...
Dudando estoy, y la duda
es la mitad de los celos.
(Se dirige al buró y saca un rewolver, que examina y guarda en el bolsillo del gaban.)
Si mi honor y confianza
con tal vileza los dos
han burlado... juro á Dios
que ha de aterrar mi venganza.
(Cierra la puerta del fondo.)
Hasta aclarar su traicion
sofoquemos los enojos,
aunque al contener los ojos
se desangre el corazon.
¡Me está matando esa idea!...

¿Ella infiel?... no puede ser...
su traicion no he de creer
aunque yo mismo la vea.
No, no; calumnia será
tal vez de un alma envidiosa.
Si ella es noble y virtuosa...
si eso no es posible... ¡ah!
(Viéndola salir con misterio de su habitacion.)

ESCENA XVII.

GENARO y ELENA.

ELENA. ¿Tú aqui tan temprano?... (¡Oh suerte!)
GENARO. Del baile me fastidié
mny pronto, y me retiré
con el anhelo de verte.
ELENA. (¡Gran Dios!)
GENARO. No sé por qué creo
mi regreso inoportuno.
ELENA. ¿Qué motivos?
GENARO. Yo... ninguno...
pero... agitada te veo.
ELENA. Es que me siento algo mala
y quisiera retirarme...
(Trata de hacerlo; Genaro se interpone y cierra la puerta por donde ha salido.)
GENARO. ¡No, no! que has de acompañarme
mientras esté en esta sala.
Y cuando suenen las doce
esa luz apagarás.
(La coge de la mano derecha y la arrastra hácia el velador.)
ELENA. (¡Ah!) ¡Genaro!... loco estás...
¿qué intentas?...
GENARO. Bien se conoce
que no has tenido presente
mi caracter, mi pasion.
Con mi noble corazon
no se juega impunemente.
Escribe; á dictarte voy.
ELENA. ¡Escucha!...

GENARO. ¡Escribe... ó no sé...
(La sienta violentamente junto al velador.)
ELENA. (Asi avisarle podré.)
Dicta pues; dispuesta estoy.
(Despues de vacilar y arreglar los papeles.)
GENARO. (Dicta la carta paseándose con agitacion. Ella escribe á un tiempo en dos papeles, y aprovecha una de las ocasiones en que Genaro vuelve la espalda para arrojar uno de ellos por el balcon, que tiene á su izquierda, envuelto en el pañuelo de la mano.)
«Una infamia por mí cometida ha sido la úni-
»ca causa de esta muerte. Mi amante don Luis
»Mejia, engañado vilmente por mí y á impul-
»so de sus celos, es quien me asesina. Arre-
»pentida de mi falta lo declaro aqui para que
»no se acuse á otro de este crímen, en el que
»solo veo la justicia de Dios. ¡Él me perdone!»
Tu sentencia has extendido; (Representa.)
¡firma!
ELENA. Yo no firmo eso.
(Levantándose y rompiendo la declaracion.)
Mátame, mas no confieso
culpas que no he cometido.
Soy inocente... una nube
te ofusca, y eres cruel.
(¿Habrá cogido el papel?...
¿y si no lo ha visto... y sube?)
(¡Oh!) (Suenan las doce.)
GENARO. La luz apagaremos,
(Lo hace y la vuelve á coger de la mano.)
que es la señal convenida.
Ahora el arma prevenida.
(Sacando el rewolver.)
ELENA. ¡Oye!...
GENARO. ¡Mas bajo!... esperemos...
(Leve pausa.)
¡Cuánto diera en este instante (Á media voz.)
por ver la sala alumbrada...
pues debes tener pintada
la traicion en tu semblante!
ELENA. Tranquila estoy aguardando...
GENARO. No; que tu mano en la mia

siento temblorosa y fria...
y es que estás agonizando!
Es impropia esa inquietud
si está pura la conciencia,
que aunque acuse la apariencia
nunca tiembla la virtud.

ELENA. La sorpresa... el sentimiento
de haber perdido tu amor...

GENARO. Dí mas bien que este temblor
lo causa el remordimiento.

ELENA. (¡Dios mio! ¡tened piedad!
La cabeza se me abrasa...)

GENARO. (Cada momento que pasa
es un siglo de ansiedad.)

ELENA. (Segura es mi salvacion...
Me lo indica su tardanza...
De alegria esta esperanza
me destroza el corazon...)
Las doce sonaron ya
y nadie á la cita acude;
ya lo ves... (Con alegria.)

GENARO. (Fuerza es que dude...)

ELENA. ¡Me calumnian!... claro está.

GENARO. (¿Habrá sido algun error
de mi tio? asi lo infiero.)
(Óyese abrir la puerta del jardin.)
¡Abren la puerta!...

ELENA. (¡Yo muero!...)
¡Ah!

GENARO. ¡Silencio!... ¡ó mi furor!...

ESCENA XVIII

DICHOS y ALBERTO, apareciendo misteriosamente por la puerta del jardin; despues Ángela por la de su habitacion.

ALBERTO. Ángela...

ELENA. (Á Genaro.) Mi hermano. (¡Ah!)
(Respirando con alegria.)
(¡Me ha salvado!...)

ALBERTO. Alberto soy...
(Avanzando á tientas.)

¿Dónde estas?
GENARO. (Soñando estoy.)
ANGELA. (¿Cómo es que á oscuras está?)
(Saliendo sin ningun misterio.)
ELENA. Ya lo ves. (Á Genaro.)
ALBERTO. ¿Quién anda ahí?
GENARO. ¡Alberto!
ANGELA. ¡Cielos! ¿Qué es esto? (Asombrada.)
GENARO. ¡Es Ángela!
ELENA. ¡Luces! ¡presto!...
La puerta...
(Se desprende de Genaro y se dirige á tientas hácia el fondo, cuya puerta abre.)

ESCENA XIX.

LOS ANTERIORES, D. AGUSTIN con un candelabro, que coloca en la mesa.

AGUSTIN. Ya estan aqui. (Con satisfaccion.)
ELENA. Con ellas puede alumbrar (Con sarcasmo.)
la cara de su sobrina.
AGUSTIN. ¿Qué pasa? (Asombrado.)
GENARO. ¿No lo adivina?
(Señalando á Alberto y á Ángela.)
ANGELA. Y eso ¿qué quiere indicar?
AGUSTIN. ¡Habla!
GENARO. Que Elena no fué
quien aqui á un hombre citó.
AGUSTIN. ¿Es decir?...
ANGELA. ¿Que he sido yo?...
(Dirigiéndose á todos con viva ansiedad.)
ALBERTO. Cierto. (Con hipócrita sentimiento.)
GENARO. Bien claro se vé.
ANGELA. ¡Oh! ¡qué infamia! Y él me afrenta
tambien... ¡Sálvame, Dios mio!
(Cae desmayada en brazos de D. Agustin.)
AGUSTIN. ¡Desmayada! ¡Aparta!
(Á Genaro, que acude en socorro de Ángela.)
GENARO. ¡Tio!...
AGUSTIN. ¡Tú la matas!...
ALBERTO. ¡Escarmienta!

(En tono de reconvencion. Cuadro. Cae el telon con rapidez. En la imposibilidad de hacer todas las acotaciones necesarias en las últimas escenas, los actores podrán comprenderlas, por poco que se fijen en la situacion repectiva de cada uno de ellos, dando al cuadro final la animacion ó la lentitud, y la inflexion de voz y variacion de gesto que las peripecias de la accion exigen para producir un buen conjunto.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma habitacion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

El SEÑOR PASCUAL y BRUNO.

PASCUAL. Aunque usted se ponga en cruz
y preste mil juramentos,
no me podrá convencer
de su inocencia, pues creo
que tuvo bastante parte
anoche en aquel enredo.
BRUNO. Nada sé.
PASCUAL. La señorita
afirma que usted, mintiendo,
un aviso le llevó
de su primo, con objeto
de que viniese al instante
á esta sala.
BRUNO. Eso no es cierto.
PASCUAL. Sin duda fué una tramoya
del francés y.... (Señal de que medió dinero.)
BRUNO. (¡Qué talento!)
Señor Pascual, ya le he dicho
y le repito de nuevo,
que no llevé ese recado
á la señorita; siento

desmentirla, pero uno
tambien es honrado y...

PASCUAL. Bueno.
Usted lo será tal vez,
pero me cuesta creerlo.

BRUNO. ¿Por qué razon?

PASCUAL. Nada mas
que porque es usted gallego,
que algunos de sus paisanos
venden á Dios si hay dinero,

BRUNO. Es que ha de saber que yo
fuí gallego en otro tiempo,
pero ahora ya no lo soy.

PASCUAL. ¿Qué es entonces?

BRUNO. Madrileño.

PASCUAL. Pues gallego, y de Madrid,
será un gallego completo.
En fin, usted habrá dicho
la verdad, pero mas crédito
la señorita merece
porque es un ángel del cielo.
¡Cuánto ha llorado la pobre
desde ese fatal suceso!
Toda la noche ha pasado
en el mayor desconsuelo
por su culpa.

BRUNO. ¿Por mí?

PASCUAL. Si;
que mucho de usted sospecho,
con solo pensar que tiene
por amo á ese don Alberto.
Vamos, aqui entre los dos...
ser reservado prometo;
diga: ¿cuánto le valió
anoche el ser embustero?

BRUNO. ¡Señor Pascual!

PASCUAL. Sabe usted
que los dos nos conocemos
desde anoche, cuando juntos
empinamos allá dentro.
Si usted la verdad me dice, (Saca un bolsillo.)
aqui tengo yo doscientos

reales, con *item* mas
de Cariñena un pellejo.
Conque... vamos, ¿qué pasó?
Cuente...

BRUNO. No sé nada de eso.

PASCUAL. Hombre, al verle tan callado
sin que haga ningun efecto
el bolso, dudando estoy
de que sea usted gallego.
Si viene don Agustin
dígale que pronto vuelvo,
que fuí á ver al diputado
ahí cerca, en el ministerio,
donde me han dicho que está
colocado y con buen sueldo.

ESCENA II.

BRUNO.

Gracias á Dios que se ha ido;
á ese hombre le tengo un miedo...
Hoy pensaba conquistarme
con el bolsillo; confieso
que con él y sus ofertas
en gran tentacion me ha puesto.
Pero era muy poco... ¡Bah!
¡Por diez duros y un pellejo
de vino venderme yo!...
No señor; yo no me vendo
por nada, que mi honradez
y mi dignidad... Es cierto
que mi mentira de anoche
me ha valido buen dinero,
pero eso es cosa distinta,
porque al cabo don Alberto
es mi amo y yo le sirvo,
y él me manda y yo obedezco.
La verdad es que por mí
anoche se armó un jaleo...
pero eso nada me importa;
que se lo compongan ellos.

Yo á mi negocio no mas;
á chupar... que á rio revuelto
ganancia... de mayordomos;
todo lo demas es cuento.

ESCENA III.

BRUNO y ALBERTO.

ALBERTO. ¿Seguiste al viejo la pista?
BRUNO. Ya hice esa diligencia.
ALBERTO. ¿Y adónde ha ido?
BRUNO. Á la audiencia
y á casa del prestamista.
Luego en otra casa entró
con papeles en la mano.
En la calle esperé en vano
mucho tiempo, y no salió.
ALBERTO. Muy bien; tus buenos oficios
te serán recompensados,
y dignamente pagados
tus méritos y servicios.
Cuando se monte la empresa
tendrás un duro diario;
por lo mismo es necesario
que seas fiel, pues te interesa.
BRUNO. Á pesar de los apuros
de anoche y de hoy, ya lo vé;
y eso que aun...
ALBERTO. Si; ya sé
que aun te debo los diez duros
de anoche. Toma... (Es un tuno
de marca.) Si eres discreto
y callas ese secreto,
he de hacerte hombre, Bruno.
BRUNO. Pues qué, ¿no lo soy, señor?
ALBERTO. No es eso; quiero decir
que si me sabes servir
te haré rico.
BRUNO. Tal favor...
pero el modo no me explico...
ALBERTO. Lo aprenderás á mi lado.

BRUNO. Siempre un amo he deseado
que me enseñe á hacerme rico.
ALBERTO. Tú adquirirás propiedades
muy pronto en Galicia, sí,
que voy descubriendo en tí
excelentes cualidades.
Vete fuera por si viene
á buscarme un caballero,
y avísame, pues le espero. (Váse Bruno.)
Mucho este hombre me conviene.

ESCENA IV.

ALBERTO y ELENA.

Ahora obliguemos á Elena
á que, sea cualquiera el modo,
hoy rompa con Luis del todo
para evitar otra escena
parecida. Por completo
Genaro se calmará,
y todo se olvidará
pues nadie sabrá el secreto.
¡Gran peligro se corrió
anoche... tremendo fué!
Por milagro lo evité;
gracias á que me encontró
Mejia, y me dió el aviso
echado por la ventana.
La locura de mi hermana
nos puso en gran compromiso.
Necio de mí que he mezclado
á su amor en mi negocio,
sin recordar que es un socio
caprichoso y obcecado.
Estará en su habitacion
de su falta arrepentida.
(Al abrir la puerta de la izquierda sale Elena.)
ELENA. La causa de tu venida
comprendo; tienes razon.
ALBERTO. Resueltamente pensaba
hablarte sobre...

ELENA. No sigas,
pues todo cuanto me digas
lo sé, y á verte marchaba.
Dispon lo que debo hacer
y seguiré tus consejos.
ALBERTO. Bien; lo primero, á Luis lejos,
porque nos puede perder.
Solo asi...
ELENA. Ya he decidido
romper hoy.
ALBERTO. Y no admitirle
jamás.
ELENA. Pienso despedirle,
y hoy quedará despedido.
ALBERTO. Asi prudente obrarás;
y aunque ahora á Genaro des
la mano por interés,
mas tarde tú le amarás.
Y si despues de casada
no le amases no te importe,
que si eres rica, en la córte
serás feliz y envidiada.
ELENA. Cuenta en todo con mi ayuda.
ALBERTO. Genaro otra vez me habló
sobre la cita, y mostró
conservar alguna duda.
Le dije entre otras razones...
ELENA. ¿Qué?
ALBERTO. Que cuando allá vivia,
ya con su prima tenia
amorosas relaciones.
Mucho pareció asombrarle
tan inesperada nueva.
Si tuviese alguna prueba
para acabar de ofuscarle...
Él lo indicará á su tio,
y si descubre mi enredo...
ELENA. Una prueba darte puedo
y que nos sirva confio.
ALBERTO. Pero, ¿prueba sin reproche?
ELENA. Tengo un papel de Angelita
en que á un hombre dá una cita

en su jardin, y de noche.

ALBERTO. ¿Su honor compromete?

ELENA. Si.

ALBERTO. ¿Carta de amores?

ELENA. Es claro;
que aunque era para Genaro
puede servir para tí.

ALBERTO. ¿Y cómo á tus manos fué?

ELENA. Yo me encargué de entregarla
con ánimo de rasgarla,
pero despues la guardé
por si aprovechar de algo
podia.

ALBERTO. Conviene que hoy
la vea Genaro.

ELENA. Voy
á buscarla; pronto salgo.

ESCENA V.

ALBERTO y despues LUIS. Al final BRUNO.

ALBERTO. Aun no se ha perdido nada;
el proyecto marchá bien,
que hoy mismo con esa prueba
á todos ofuscaré.
Por mas que llore Angelita
y proteste, ese papel
la acusa; porque es lo cierto
que se encuentra en mi poder.
La cosa es grave; su tio,
por el *¿qué dirán?* tal vez
la mano de su sobrina
me ofrezca, pudiera ser.
Porque en casos como este
en que media la honradez
de una jóven, todo es bueno;
cualquier enlace está bien:
¡Qué previsora es mi hermana!
¡cuánto vale esa mujer
cuando en lugar del capricho
la aconseja el interés!...

Luis viene; á tiempo llega;
si; rompamos ya con él.

LUIS. Adios, Alberto.

ALBERTO. Adios, Luis. (Con sequedad.)

LUIS. ¿Conque al fin, se salió bien
del compromiso de anoche?

ALBERTO. Si.

LUIS. Pues, Genaro, á mi ver,
aun sospecha; esta mañana
vino á explorarme, y negué
por supuesto. Pues señor,
si no diviso el papel
y subo anoche á las doce,
se hubiera armado un belen...
Pero ¿qué tienes, Alberto?
Hombre, ya por esta vez
el peligro se pasó.
¿En qué piensas?

ALBERTO. En que es
necesario en adelante
evitarlo.

LUIS. Ya se vé.

ALBERTO. Si tú eres prudente, Luis,
y nos aprecias...

LUIS. ¿Y bien?

ALBERTO. No debes ya desde hoy
á nuestra casa volver.

LUIS. ¿De aqui me arrojas tú solo,
ó en nombre de ella tambien?

ALBERTO. Soy su hermano, y velar debo
por su honor.

LUIS. Y tu interés.
(Con ironia y resentimiento toda la escena.)

ALBERTO. Ademas, yo solo aqui
soy el amo.

LUIS. Si; ya sé
que tú arrendaste la casa,
y otro paga el alquiler.

ALBERTO. ¡Luis!

LUIS. Hablemos con franqueza;
la máscara inútil es
entre nosotros; por eso

he llegado á comprender
el objeto que hoy te llevas
al despedirme; si, á fé,
que anoche me revelaste
tu ambicion y tu doblez.

ALBERTO. Medita mas tus palabras
ya que mi prudencia ves.

LUIS. Tú habrás dicho: este Luisillo
como yo explota tambien
á Genaro, y es preciso
que nos desprendamos de él,
pues de ese modo yo solo...

ALBERTO. ¡Luis! ¿tan infame me crees?

LUIS. Te conozco mucho, Alberto;
pero en fin, ¿qué se ha de hacer?
Los umbrales de tu casa
ya nunca traspasaré,
para que vivas tranquilo,
y ella se case despues
con Genaro.

ALBERTO. Creo inútil
decir, que si alguna vez
me necesitas, dispon
de mi amistad.

LUIS. Ya lo sé.

ALBERTO. Y si la empresa prospera,
lo prometido...

LUIS. Está bien.

ALBERTO. ¿Qué hay, Bruno?

BRUNO. Un caballero
que quiere hablar con usted
sobre la empresa.

ALBERTO. ¿Su nombre?

BRUNO. Don Cándido Buenafé. (Se retira Bruno.)

ALBERTO. Ya salgo. (El nuevo accionista
que cayó anoche en la red.)
Conque á Dios, Luis; siempre amigos.
(Sa dan la mano con repugnancia.)

LUIS. Tu amistad no olvidaré.

ALBERTO. (Un poco se ha disgustado;
es natural...)

ESCENA VI.

LUIS y ELENA, despues un CRIADO.

LUIS. No me extraña;
cree que mi amistad le daña
y mi amistad ha dejado.
Yo, ya no voy en acecho
de accionistas; me resisto
á buscar fondos, y ha visto
que de nada le aprovecho.
De acuerdo los dos trabajan...
¿Quizá el desaire habrá sido
con Elena convenido?
¡Oh! pues si mucho me ultrajan!...
aun no saben quién soy yo.
Si ella se atreve...

ELENA. ¡Ah! creí
que se hallaba Alberto aqui.
(Con seriedad y despego toda la escena.)

LUIS. Hace un momento salió.
Noto en tí cierta ansiedad...

ELENA. Ninguna.

LUIS. Creyendo estoy
que te sorprende el que hoy
vuelva á tu casa.

ELENA. Es verdad.
Lo de anoche causa era
para hoy aqui no volver,
pues debiste comprender
que mi hermano se opusiera.
Anoche por tu exigencia
estuvo comprometida
mi honra, y tal vez mi vida.
No quiero que otra imprudencia...

LUIS. Segun eso, ¿te has propuesto
romper para siempre?

ELENA. Si; (Con resolucion.)
porque quien me expone asi
no me ama.

LUIS. Es un pretesto

para ocultar tu desden,
aunque lo intentas en vano,
pues lo mismo que tu hermano
especulas tú tambien.

ELENA. Para tan gran osadia.
¿quién ha dado á usted derecho?

LUIS. Mi amor propio y el despecho
que inspira tu hipocresia.

ELENA. ¡Salga usted!

LUIS. Si; me despides,
pues pensándolo mejor,
entre el oro y el amor
por el oro te decides.
(Tira Elena del cordon de la campanilla.)
¡Todo estaba preparado!

ELENA. Es que el que asi se propasa,
merece que de esta casa
lo arroje al punto un criado.

LUIS. ¿Y te atreverás?

ELENA. Ahora
lo verá usted...

LUIS. ¡Desdichada
de tí!...
(Cogiéndole la mano en ademan de amenaza.)

CRIADO. ¿Qué se ofrece?

ELENA. Nada... (Vacilando.)

LUIS. Está mala la señora,
y queria...

CRIADO. ¿Llamo al médico?

ELENA. No...

LUIS. No, ya no le hace falta

CRIADO. ¿Puedo retirarme?

ELENA. Si...
(Váse despechada por el fondo izquierda.)
(Temiendo estoy su venganza.)

ESCENA VII.

LUIS y D. AGUSTIN.

LUIS. Conque he sido un instrumento
que cuando el uso lo gasta,
ó cuando ya no aprovecha,
se hace pedazos... La causa
de este rompimiento es solo
su egoismo; cosa es clara.
Entre los dos á Genaro
explotarán á sus anchas;
el cálculo está bien hecho;
menos socios, mas ganancias.
¡Oh! merecen que les pague
con otra infamia esta infamia.

AGUSTIN. (Aqui don Luis, bien; veamos
si hoy este pájaro canta.)

LUIS. ¡Oh! señor don Agustin:
¿qué tal en Madrid se pasa?
Dias há que no le veo,
y supongo que con Ángela
en continuas diversiones...

AGUSTIN. Madrid no me desagrada.
Lo conozco mucho; aqui
pasé largas temporadas,
y ahora contento estaria
del todo, si no mediaran
disgustillos de familia.

LUIS. En ninguna parte faltan.

AGUSTIN. ¿Tal vez habrá usted sabido
lo que pasó en esta casa
anoche?

LUIS. El mismo Genaro
me lo contó esta mañana,
y segun me dijo, usted
tambien de mí sospechaba.

AGUSTIN. Y aun conservo esa sospecha.
El señor Pascual proclama
á voces que usted anoche...

LUIS. Las apariencias engañan.

Pudiera ser que otro amante
aqui tenga oculta entrada,
y si en algo me parece
es fácil se equivocáran.

AGUSTIN. ¿Luego usted tambien sospecha?

LUIS. Hombre, no sospecho nada,
pero...

AGUSTIN. ¿Qué?

LUIS. Elena es mujer...
(¡Oh! si vengarme lograra...)

AGUSTIN. ¿Tiene usted algunos datos
de que?...

LUIS. No; mi mucha práctica.
Al sexo hermoso conozco
bastante, y nada me estraña.
Las mujeres... son mujeres,
y el diablo con ellas anda,
de modo que entre ellas y él
tales belenes se arman,
que los crédulos amantes
rota la cabeza sacan.

AGUSTIN. (Si este truhan se vendiera...)

LUIS. (Si este viejo me comprára...)

AGUSTIN. ¿Mejia?

LUIS. ¿Don Agustin? (Con precipitacion.)

AGUSTIN. Voy á hablarle en confianza.

LUIS. Contar puede usted en todo
conmigo. ¿De qué se trata?

AGUSTIN. De estorbar á todo trance
esa boda proyectada
entre Elena y mi sobrino.

LUIS. Hace usted bien; por mil causas
ese enlace no conviene,
pues, si con ella se casa,
dejando á un lado otras cosas, (Con malicia.)
secretas y reservadas,
su caudal corre peligro
si Alberto le echa la garra.

AGUSTIN. Por eso mismo quisiera,
aunque mucho me costara,
lograr datos que probasen
que Elena es infiel y falsa.

LUIS. Posible será el hallarlos...
gastando todo se alcanza.
AGUSTIN. (Ya es mio.)
LUIS. (Despacio iremos
míentras no suelte la plata.)
AGUSTIN. ¿Conque usted me entregará
esos datos?...
LUIS. Mas cachaza.
Yo no los tengo; mas sé
en poder de quién se halla
una prueba, con que á Elena
se pueda quitar la máscara.
Ello, si, costará mucho,
que estos servicios se pagan...
AGUSTIN. ¿Y por cuánto esa persona?...
LUIS. Con quinientos duros basta;
porque, aunque, es un gran favor...
AGUSTIN. ¡Oh! si; de mucha importancia
para mí.
LUIS. Yo á esa persona
le hablaré con eficacia,
y se dará por contenta
con los diez mil.
AGUSTIN. ¿Sin que haya
engaño por parte suya?
LUIS. Ninguno; le doy palabra.
Hombre... ¿me supone usted
capaz de hacer una estafa?...
AGUSTIN. Entremos en mi despacho
y orillemos sin tardanza
ese asunto, pues quisiera
que hoy mismo...
LUIS. Será sin falta.
AGUSTIN. (Por fin salvaré á Genaro.)
(Entra en el gabinete derecha.)
LUIS. ¡Hoy sentirán mi venganza.
Es una traicion... lo sé...
(Deteniéndose antes de entrar.)
pero mayor fué su infamia.
Sobre el pais ellos viven,
pues adoptemos su táctica
y hoy, á nombre de sus víctimas,

cobremos esta revancha.
Ella es indigna ademas,
y Genaro me dá lástima.
Y ese Alberto es un farsante...
y en fin, francés... ¡Viva España!

ESCENA VII.

GENARO y BRUNO.

GENARO. Ya sé que eres fiel bastante.
BRUNO. En lealtad á nadie cedo.
GENARO. Di á la señora, si puedo
pasar á verla un instante.
(Váse Bruno por el fondo izquierda.)
Es preciso que hoy acabe
esta situacion violenta,
y aunque mi tio lo sienta
hoy sabrá lo que aun no sabe.
Y le asombrará por ciento,
como me ha asombrado á mí,
el saber que Ángela allí
tuvo amores con Alberto.
Nunca hubiera imaginado,
tal candor le suponia,
que con esa hipocresia
nos hubiese asi engañado.
Su conducta indigna fué;
voy sin ningun miramiento
á anunciar mi casamiento
con Elena, á quien causé
anoche esa grave ofensa.
Hoy es justo que mis labios
borren tan duros agravios
dando á su amor recompensa.

ESCENA IX.

GENARO y ELENA.

ELENA. ¿Qué quieres, Genaro?
GENARO. ¿Estás

enojada todavia?

ELENA. Con menos amor, seria
mi enojo, sin duda, mas.
Mi orgullo el castigo ordena,
pero mi pasion te abona;
que el amor leal perdona
cuando el orgullo condena.

GENARO. Yo pagaré ese perdon
con mi eterna gratitud,
y dar sabré á tu virtud
merecido galardon.

ELENA. Huyan de tí esos recelos
que inspiran faltas tan graves.

GENARO. Tú, por fortuna, no sabes
cuánto trastornan los celos.
Cuánto sufre el corazon
al recibir esa herida...
Vale mas perder la vida
que perder una ilusion.
Mas, vive tranquila, Elena,
desecha todo temor,
que á unirnos vá nuestro amor
con blanda, eterna cadena.
Hoy mismo parte daré
de nuestro enlace á mi tio,
y sin disgustos confio
que este asunto arreglaré.
Aunque soy libre, le debo
respeto, pues como padre
me ha criado, y á mi madre
representa.

ELENA. Bien; lo apruebo.
Tus gustos mios serán;
mi dicha, dichoso hacerte,
que en amarte y complacerte
se cifra todo mi afan.

GENARO. Si cual te conozco yo
mi tio te conociera...

ELENA. Obrára de otra manera
distinta de como obró.
Esa es del mundo la ciencia.
Mientras tu tio me infama,

á su sobrina proclama
como tipo de inocencia.
Creo que te ha dicho Alberto...

GENARO. Sus amores me ha indicado,
pero estoy mas ofuscado
cuanto mas pienso, y no acierto...

ELENA. Si aclarar quieres tu duda,
injuriosa para él,
mi hermano tiene un papel
donde su verdad se escuda.

GENARO. ¿Una carta?

ELENA. De Angelita.
De esa niña candorosa,
que cuando iba á ser tu esposa
daba á mi hermano una cita.

GENARO. Confundidos quedarán
ante ese mudo testigo.
Quiero leer... ven conmigo.

ELENA. (Que destruyan nuestro plan.)
(Salen por el fondo izquierda.)

ESCENA X.

EL SEÑOR PASCUAL.

Si esto en la córte es vivir,
reniego ya de la córte,
donde por cualquiera parte
veinte pelígros se corren.
¡Señor! ¡esto es un infierno!
No hay cristiano que soporte
la confusion y el ruido
de esas calles... ¡qué desórden!
Si uno vá por las aceras,
¡qué codazos!... qué empujones!...
No se puede dar un paso;
eso es andar á remolque.
Pues si echa usted por en medio
para evitar esos choques
y no anda listo, de juro
que le atropella algun coche,
y que el cochero se rie

del apuro en que le pone,
ó le suelta un latigazo,
ó un insulto le responde.
Al salir por una esquina,
un aguador me dá un golpe
con la cuba, sin decir
el muy bruto, «usted perdone.»
Luego, un mozo de cordel,
que lleva encima una torre,
el sombrero me derriba
y la chaqueta me rompe.
Tampoco son por aquí
los modales muy conformes.
Al pisar á una señora
el miriñaque, miróme
hecha una furia, exclamando:
¡qué bárbaro es este hombre!
Y luego, porque parado
miraba unos monigotes
en una tienda, su dueño
me dijo: «¡Fuera moscones!»
Pues ¿y lo del ministerio,
con aquellos hotentotes
de porteros, que de allí
entre risas y empellones
me echaron, sin avisar
al diputado don Cosme?
Y eso que claro les dije
que era alcalde, y dí mi nombre
para que viesen que era
uno de sus electores.
Vivir aqui no es posible;
hoy me marcho de la córte,
y aunque me vaya la vida
aqui otra vez no me cojen.

ESCENA XI.

D. AGUSTIN y el SEÑOR PASCUAL.

AGUSTIN. ¿Señor Pascual? á propósito;
usted á don Luis conoce...

PASCUAL. Por cierto que es una pieza
de leva...

AGUSTIN. Esas señas tome, (Le dá una tarjeta.)
y vaya al punto á su casa
de mi parte.

PASCUAL. Voy de un bote.
¿Qué he de hacer?

AGUSTIN. Un documento
debe entregarle, y entonces
le dá usted estos billetes.

PASCUAL. Cuidado con ese hombre,
que es muy sátrapa...

AGUSTIN. Seguro
estoy de que bien se porte.

ESCENA XII.

D. AGUSTIN, y luego GENARO.

Ahora, entre ellos y yo
veremos por fin quién vence.
La prueba no admite dudas;
su traicion está patente,
y por mucho que trabajen
hoy escaparse no pueden.
Él, sobre todo, ya queda
aprisionado en las redes
que con mis datos ahora
los tribunales le tienden.
De la justicia de Dios
desconfiar no se debe;
tarde ó temprano el castigo
recibe quien lo merece.

GENARO. Celebro encontrar á usted.

AGUSTIN. Tambien muy á tiempo vienes.

GENARO. Es preciso que se aclaren
ciertos misterios, y quede
cada cual en su lugar.

AGUSTIN. Eso quiero cabalmente.
Quiero que hoy ciertas person as
sin careta se presenten,
para que bien las conozcas,

y las odies para siempre.

GENARO. ¿Negará usted que mi prima
allá en el pueblo tuviese
relaciones con Alberto?

AGUSTIN. El que eso asegure, miente.
Son miserables intrigas;
artificios de esas gentes,
que alucinarte procuran,
que desunirnos pretenden.
Lo de anoche fué una farsa
de que habrás de convencerte
con una prueba, que acaso
no tarden mucho en traerme.

GENARO. ¿Y esta le convence á usted
(Le entrega un papel.)
de que Angelita le tiene
engañado, y que es postiza
su virtud, que usted defiende?

AGUSTIN. ¿Qué es esto que ven mis ojos?
¡Oh! mi razon no se atreve
á creerlo... y dudaria
de mí, si cierto saliese.
Pero, es imposible... ¡Ángela!
¡pronto!... ¡sal!
(Entra gritando en su habitacion de la derecha)

ESCENA XIII.

GENARO.

Tambien conviene
(Tira de la campanilla y habla aparte con Bruno.)
que Alberto y Elena vengan.
Veremos si ahora se atreve
á negarlo como anoche.
Por Dios, que no se comprende
semejante hipocresia
á sus años... y lo siente
mi corazon, que á esa niña
como á una hermana la quiere.

ESCENA XIV.

GENARO, ÁNGELA y D. AGUSTIN por la puerta de la derecha, al mismo tiempo que ELENA y ALBERTO por el fondo izquierda.

AGUSTIN. Ángela, confunde ya
á esas gentes que especulan
con tu deshonra... ¡Oh! calculan
que en ella su suerte está.
ANGELA. ¿Pero á mí qué me interesa?...
AGUSTIN. Es que esto te compromete.
¿Escribiste ese billete?
ANGELA. Si señor... (Despues de examinarlo.)
ELENA y ALBERTO. Luego...
GENARO. Confiesa...
ANGELA. Confieso qne no temia
de tu hidalguía y nobleza
que mi amorosa flaqueza
tu orgullo publicaria.
No bastó á mi afecto necio
el desaire de esa cita,
y hoy tu orgullo necesita
este alarde de desprecio.
GENARO. No eres justa; en esto culpo
tu inexperiencia no mas.
¿Despreciarte yo? jamás;
si esos amores disculpo.
ANGELA. ¿Qué amores?
GENARO. Los que tuviste
en el pueblo con Alberto.
ANGELA. Pero ¡Señor! yo no acierto
de esta infamia... ¿y lo creiste?
GENARO. Esa carta pruebas dá.
ANGELA. Si la escribí para tí.
AGUSTIN. ¡Ah!
GENARO. Yo no la recibí,
y en poder de Alberto está.
ANGELA. Ya el misterio se me alcanza;
de dártela se encargó
Elena, y mi fé burló

para matar mi esperanza.
GENARO. (Dudando voy...)
ELENA. Vanamente
tu amor tratas de ocultar.
ANGELA. ¡Gran Dios! ¿por qué no ha de estar
el corazon en la frente?
ALBERTO. Pues si en la suya estuviera,
ya la verdad brillaria,
y todo el mundo sabria
para quién la cita era.
GENARO. ¿Á ella acudiste?
ALBERTO. Acudí.
ANGELA. Es una calumnia infame,
y no sé cómo se llame
á un hombre que infama asi.
GENARO. Demos fin á esta cuestion,
y que la olviden les ruego.
ALBERTO. Por mi parte no me niego
á cualquier reparacion.
AGUSTIN. Antes que verla casada
con usted, si, prefiriera,
aunque sin honra estuviera,
llevármela deshonrada.

ESCENA XV.

DICHOS, y el SEÑOR PASCUAL.

PASCUAL. Aqui estoy yo.
AGUSTIN. Por fortuna,
¿le dió el papel?
PASCUAL. Aqui está.
AGUSTIN. ¡Ah!... eso es... (Leyéndole con alegria.)
ALBERTO. (¿Qué será?) (Á Elena.)
AGUSTIN. Ya no queda duda alguna. (Á Genaro.)
De tus amantes antojos
te curará ese papel; (Se lo entrega.)
la traicion verán en él
libres de venda tus ojos.
GENARO. (Leyendo con viva emocion.)
«Nuestras relaciones estan descubiertas. Ge-
»naro se halla en mi compañia esperándote.

»No subas por Dios, que te aguarda la muer-
»te... y avisa á mi hermano para que me
»salve de este compromiso:—Tu Elena.»
(Representa.)
¡Ah! ¡Todo está comprendido!...
¡Dí! ¿qué puedes responderme?
(Enseñándole el papel.)

ELENA. Que alguno para perderme
ese papel ha fingido.
Mi amor de nuevo te jura...

GENARO. No protestes inocencia,
que la voz de tu conciencia
me grita que eres perjura.

ELENA. ¡Genaro!...

GENARO. Quejas y enojos
ahorra á tu hipocresia,
que tu infamia y villania
estoy leyendo en tus ojos.

ELENA. La ira á cegarte empieza
y sin motivo me ofendes.

GENARO. En vano negar pretendes
tu repugnante vileza.

ELENA. Tu interés romper ansia, (Con altivez.)
y es inútil insultar.

GENARO. Es que quiero comparar
tu conducta con la mia.
Por tu amor ingrato fuí
con ellos.

ELENA. No te obligué.

GENARO. Mi fortuna derroché
y mi mano te ofrecí.
Aprisionado en los lazos
de su insensata pasion,
te entregué mi corazon
y lo has hecho mil pedazos.
Fuiste un áspid que en mi seno
con astucia se abrigó,
y ese abrigo me pagó
vertiendo en él su veneno.
Cuando traté de ofenderte
anoche, fuí un loco, un necio.
Mereces solo el desprecio...

¡te hubiera honrado la muerte!...

ELENA. Muy bien la intriga se ha urdido,
y se comprende muy bien
(Tratando de ocultar su despecho con sonrisa insultante.)
la causa de tu desden...
tu prima es mejor partido.
(Se retira por la izquierda.)

ESCENA XVI.

LOS ANTERIORES, menos ELENA, al final BRUNO.

GENARO. ¡En todo infame!...
ALBERTO. ¡Genaro!
Tú por lo visto te olvidas
de que su hermano soy yo;
y si hay injurias que altiva
una señora desprecia,
un caballero...
GENARO. ¡Mentira!
No lo es tal quien de una dama
falsos favores publica,
manchando con torpe lengua
el honor de una familia.
ALBERTO. ¡Esas palabras!... ¡salgamos!...
AGUSTIN. Es circunstancia precisa, (Interponiéndose.)
antes de admitir un duelo,
saber que no nos denigra
cruzar en él nuestras armas
con una persona indigna.
Mi sobrino, que es honrado,
con otro se batiria,
mas no con un presidiario
escapado de Melilla,
que con un nombre supuesto
en la córte se cobija,
sin poder volver á Francia
por no sé qué fechoria.
ALBERTO. ¡Oh!
AGUSTIN. ¡Si!
GENARO. ¿Qué está usted diciendo?

AGUSTIN. ¡La verdad!...
ALBERTO. ¡Se necesitan
pruebas... y al punto!...
AGUSTIN. Las pruebas
ya las tiene la justicia.
BRUNO. El inspector del distrito.
(Anunciando y retirándose. Queda Alberto aterrado.)
AGUSTIN. Ahí estan; ¿no las queria?
(Los demas hablan aparte.)
ALBERTO. (Luis, si; él nos ha vendido...
hoy se consumó mi ruina,
que ahí fuera... Por el jardin
me será fácil la huida.)
(Se le interpone el Sr. Pascual cortándole el paso.)
PASCUAL. Que equivoca usted la puerta;
si está allí la policia. (Con maliciosa candidez.)
ALBERTO. (¡Oh, suerte!...)
(Se retira anonadado por el fondo derecha.)
PASCUAL. Qué poco atento
es usted con las visitas.

ESCENA ÚLTIMA.

GENARO, ÁNGELA, D. AGUSTIN y el SEÑOR PASCUAL.

Pues ya tienen tres bemoles
los hermanitos... si, si.
El consuelo que hay aqui
es que no son españoles.
GENARO. La vergüenza no me deja
alzar del suelo los ojos,
y solo podré de hinojos
escuchar siempre tu queja.
ANGELA. Mi queja no, mi perdon.
AGUSTIN. Cuando yo le juzgue digno.
PASCUAL. El juez debe ser benigno
si en el reo hay contricion.
GENARO. Mi gratitud y existencia
á ustedes consagraré.
AGUSTIN. Eras honrado, lo sé,
(Le coge cariñosamente la mano.)
mas te faltaba experiencia.

GENARO. La tengo á costa del oro
y de un pesar muy profundo.
AGUSTIN. Es que la ciencia del mundo
cuesta, porque es un tesoro.
GENARO. Muy cara en esta ocasion
su ciencia el mundo me vende.
AGUSTIN. Siempre esa ciencia se aprende
á costa del corazon.
PASCUAL. Reciban mi enhorabuena
y de la córte marchemos.
GENARO. Si, si.
AGUSTIN. Pronto nos iremos.
PASCUAL. Al menos en Cariñena,
si faltan las diversiones,
no hay insolentes porteros
como en Madrid, ni cocheros
que atropellen, ni empujones.
Ni farsantes de Paris
que á la explotacion se apliquen,
ni gentes que se dediquen
á *vivir sobre el pais.*

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 17 *de Enero de* 1863.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Conspirar con buena suerte.
Misterios de palacio.
Costumbres políticas.
La escuela de las madres.

laria.
1818.
ista de pájaro.
e hojuelas.

lanco.
se entiende, ó un hom-
do.
ontra nobleza.
o oro lo que reluce.

de enmienda.
io revuelto.
por él.
idas las de honor, ó el
io del Cid.
erta del jardin.
caballero es D. Dinero.
eniales.
castigo, ó la conquis-
Ronda.

vido al Coronel!...
ucho abarca.
te la mia!
el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte:
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
e buena ley.
ıas leo.

ia la Gitana.
Marte.
Flora.

ando.
riquita.
santo, ó el Alcalde pro-

ller.
ino.
o de una ópera.
ero y la maja.
del hortelano.
a y en Marruecos.
n la ratonera.
ıo mono.
de carnaval.
o (drama lírico.)
llon de la Rioja *(Música)*
nde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

eccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, egundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra..........	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy..........	Martí.
Algeciras.......	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria........	Alvarez.
Avila..........	Lopez.
Badajoz........	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem..........	Cerdá.
Bejar..........	Coron.
Bilbao.........	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres........	Valiente.
Cádiz..........	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena......	Muñoz Garcia.
Castellon.......	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real....	Arellano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña........	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol.........	Taxonera.
Figueras.......	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon..........	Crespo y Cruz.
Granada........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva.........	Osorno.
Huesca	Guillen.
I.de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen...........	Idalgo.
Jerez..........	Alvarez.
Leon...........	Viuda de Miñon.
Lérida.........	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca..........	Gomez.
Lucena.........	Cabeza.
Lugo..........	Viuda de Pujo
Mahon.........	Vinent.
Málaga.........	Taboadela.
Idem..........	Moya.
Mataró.........	Clavel.
Murcía........	Hered.de Andri
Orense........	Robles.
Orihuela.......	Ferruezo.
Osuna.........	Montero.
Oviedo.........	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hij
Palma.........	Gelabert.
Pamplona......	Barrena.
Pontevedra.....	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus..........	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca......	Huebra.
San Fernando...	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C.de Tenerife	Power.
Santander......	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe........	Mengol.
Segovia........	Salcedo.
Sevilla.........	Alvarez y Comp.
Soria..........	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona......	Font.
Teruel.........	Baquedano.
Toledo.........	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez
Vigo...........	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.........	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora........	Fuertes.
Zaragoza.......	Lac.